



Stefan Zweig

El Vendedor de  
Libros Viejos  
y otros cuentos para  
bibliófilos



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL VENDEDOR DE LIBROS VIEJOS Y OTROS CUENTOS PARA BIBLIÓFILOS**

**STEFAN ZWEIG**

**PUBLICADO: 1937**

**ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA DESDE LA TRADUCCIÓN AL INGLÉS  
REALIZADA POR THEODORE W. KOCH.**

# LOS LIBROS SON LA PUERTA DE ENTRADA AL MUNDO

Todo progreso en la tierra depende fundamentalmente de dos invenciones fruto de la ingeniosidad humana. La invención de la rueda, que avanza con vertiginosas revoluciones sobre su eje, nos permite desplazarnos físicamente. La invención del arte de la escritura estimula nuestra imaginación y da forma a nuestros pensamientos. Aquel hombre sin nombre que, en algún lugar y en algún momento, dobló la dura madera alrededor de los radios, enseñó a la humanidad a superar las distancias que separan tierras y pueblos. Con el primer carro se hizo de inmediato posible el intercambio; se podía transportar mercancía y las personas podían viajar y aprender. Se puso fin a las limitaciones impuestas por la naturaleza, que asignaba ciertos frutos, metales, piedras y productos a su propio y reducido hogar. Los países dejaron de vivir aislados para relacionarse con el mundo entero. Oriente y Occidente, Sur y Norte, se unieron por medio de la invención de los vehículos. Así como la rueda, en todas sus variadas aplicaciones –en locomotoras, automóviles y hélices– vence la ley física de la gravedad, así también el arte de la escritura, que ha evolucionado mucho más allá del rollo escrito, desde la simple hoja hasta el libro, ha superado las trágicas limitaciones de la vida y la experiencia que encajonaban al ser humano. Gracias a los libros nadie tiene ya por qué estar encerrado en sí mismo, en sus estrechos confines, sino que puede participar de todo lo que ha sucedido o sucede, de todos los pensamientos y sentimientos de la humanidad entera. Todo, o casi todo, lo que acontece en el mundo del pensamiento depende hoy de los libros, y esa for-

ma de vida, impregnada de inteligencia y elevada por encima de las consideraciones materiales, a la que llamamos civilización, no puede imaginarse sin ellos. Ese poder del libro para ampliar el alma y construir nuevos mundos, que actúa en nuestra vida personal y privada, muy rara vez se impone a nuestra conciencia y, cuando lo hace, es solo en momentos de especial trascendencia. Los libros han formado parte de nuestra vida cotidiana durante tanto tiempo que ya no somos plenamente conscientes, con la gratitud debida, de su carácter maravilloso cada vez que los usamos. Con cada aliento inhala oxígeno y, mediante este nutriente invisible, damos un refresco químico misterioso a nuestra sangre; pero así como ignoramos este hecho, tan apenas nos percatamos de que estamos recibiendo alimento para la mente a través de la vista al leer, y así damos frescura o fatiga a nuestro espíritu. Para nosotros, herederos de miles de años de escritura, la lectura se ha convertido en casi una función corporal, algo automático; y en la medida en que hemos sostenido libros en nuestras manos desde que empezamos a ir a la escuela, nos hemos acostumbrado tanto a tenerlos con nosotros que tomamos uno casi con la indiferencia con la que se agarra un abrigo, un guante, un cigarrillo o cualquier otra cosa producida en innumerables ejemplares para nuestro uso. La familiaridad engendra desprecio, y es solo en los momentos verdaderamente productivos, reflexivos y contemplativos de la vida cuando reconocemos con asombro lo verdaderamente maravilloso a lo que estamos acostumbrados. Solo en esos instantes pensativos somos reverentemente conscientes de ese poder mágico para conmover el alma que nos transmiten los libros y que los hace tan importantes en nuestra vida que, ya en el siglo XX, no podemos ni imaginar lo que sería nuestro mundo interior sin el milagro de su presencia.

Un momento así ocurre raramente, pero precisamente por ello se recuerda durante mucho tiempo, a menudo durante años. Aún recuerdo el día, el lugar e incluso la hora en que se me aclaró de modo definitivo en qué manera profunda y creativa se entrelaza nuestro mundo interior y privado con aquel otro mundo, tanto visible como invisible, de los libros. Creo que podría, sin impertinencia, relatar este momento de clarificación espiritual, pues aunque es una experiencia meramente personal, trasciende con creces mi insignificante existencia. Tenía unos veintiséis años en aquel entonces y ya había escrito libros, por lo que conocía algo de esa misteriosa transformación por la que pasa una vaga idea, un sueño, un atisbo de imaginación, y de las diversas fases por las que debe transitar antes de convertirse, me-

dian­te extrañas concreciones y sublimaciones, en el objeto encuadernado y rectangular que llamamos libro —una cosa a la venta, con un precio estampado, que yace aparentemente sin voluntad, como una mercancía bajo el cristal de una vitrina. Sin embargo, cada copia está despierta y tiene alma; aunque a la venta, es su propia dueña, mientras que al mismo tiempo pertenece al hombre que, inquisitivamente, pasa sus hojas. Aún más verdaderamente el libro pertenece al hombre que lo lee, pero sobre todo, de manera completa y definitiva, al hombre que no solo lo lee, sino que lo disfruta. Así había tenido cierta experiencia con ese indescriptible proceso de transfusión por el que se fusionan los acontecimientos de la propia vida con los de otro, sentimientos con sentimientos, espíritu con espíritu; pero la plena magia, la amplitud y vehemencia de la influencia de la imprenta en el ser ajeno, aún no se me había revelado del todo. Había meditado vagamente sobre el asunto, pero no lo había comprendido por completo. Entonces, esta experiencia me sucedió, en el día y a la hora que describiré brevemente.

Viajaba a bordo de un barco —era una nave italiana— por el Mediterráneo, de Génova a Nápoles, de Nápoles a Túnez y de allí a Argel. El viaje duró algunos días y había muy pocos pasajeros. Así sucedió que a menudo conversaba con un joven italiano que pertenecía a la tripulación, una especie de ayudante del mayordomo, que barría las cabinas, fregaba la cubierta y realizaba otras faenas de similar naturaleza, que en la escala habitual se consideran bastante humildes. Era un muchacho apuesto, agradable a la vista, este moreno de ojos negros, cuyos dientes resplandecían al reír —y reía a menudo. Amaba su rápido y melodioso italiano y nunca olvidaba acompañar su discurso musical con gestos vivos. Tenía un don para la mímica y caricaturizaba a todos —al capitán desdentado cuando hablaba; al viejo inglés que caminaba rígidamente por la cubierta, con el hombro izquierdo encorvado; al cocinero, que tras la cena paseaba majestuoso a la vista de los pasajeros y llamaba la atención de un conocedor sobre sus chalecos, que acababa de llenar. Era un deleite conversar con este joven salvaje de tez oscura, ceño despejado y brazos tatuados. Durante años, me contó, había cuidado ovejas en las Islas Lipari, donde vivía, y mostraba la tierna confianza de un animal joven. Pronto descubrió que yo lo apreciaba y prefería hablar con él que con cualquier otro a bordo. Por ello, me relató todo acerca de sí mismo, de forma franca y libre, tal como lo veía, de modo que tras dos días éramos casi amigos o, al menos, camaradas.

De pronto, sin mediar aviso, se alzó entre nosotros un muro invisible. Habíamos atracado en Nápoles, el barco había tomado carbón, pasajeros, comida y correo, las provisiones habituales en un puerto, y volvía a zarpar. El orgulloso Posilipo parecía una pequeña colina y las nubes errantes sobre el Vesubio tenían el aspecto de un humo pálido de cigarrillo, cuando de improviso se me acercó, sonriendo ampliamente y con orgullo, y me mostró una carta arrugada que acababa de recibir y que ahora me pedía leerle.

Al principio no lo entendí. Pensé que él, Giovanni, había recibido una carta en lengua extranjera, francés o alemán, evidentemente de una chica — sabía que las chicas debían admirar a un joven como él— y que ahora quería que tradujera su mensaje al italiano. Pero no; la carta estaba en italiano. ¿Qué quería que hiciera, entonces? ¿Leerla? No, repitió, casi impaciente, yo debía leerle la carta en voz alta. Y entonces la verdad se me iluminó. Este joven, apuesto como una pintura, inteligente, dotado de tacto innato y de verdadera gracia, pertenecía a esos siete u ocho por ciento de sus compatriotas que, según las estadísticas, no saben leer. Era analfabeto. Y, por el momento, no recordaba haber conversado jamás en Europa con alguien de esa raza en extinción. Ese Giovanni era el primer europeo que conocía y que no sabía leer, y probablemente lo miré asombrado, ya no como amigo, ya no como camarada, sino como una rareza. Por supuesto, le leí la carta, una carta escrita por alguna costurera o de otra índole, una María o Carolina, y que contenía lo que las jóvenes escriben a los jóvenes en todos los países y en todas las lenguas. Observó mis labios atentamente mientras yo leía, y noté el esfuerzo que hacía por recordar cada palabra. Fruncía el ceño con pesadez y su rostro se contraía como si estuviera en tormento, mientras se esforzaba por escuchar con atención y no olvidar nada. Leí la carta dos veces, despacio, con claridad; él prestó atención a cada palabra y fue cada vez más complacido, sus ojos brillaban, sus labios se abrían como una rosa roja en verano. Entonces se acercó uno de los oficiales del barco, que había estado parado en la barandilla, y Giovanni se esfumó.

Eso fue todo, la razón completa de mis posteriores reflexiones. Pero mi verdadera experiencia apenas comenzaba. Me recosté en una silla de un vapor y miré hacia la suave noche. El extraño descubrimiento me inquietaba. Era la primera vez que conocía a una persona analfabeta, y además europea, a quien sabía inteligente y con quien había conversado como a un amigo. Me molestaba, incluso me atormentaba, preguntándome cómo se le apare-

cería el mundo a un cerebro como el suyo, aislado de todo lo escrito. Traté de imaginar cómo sería no poder leer. Intenté ponerme en el lugar de personas como él. Levanta un periódico y no lo entiende. Toma un libro, y allí reposa en su mano, un objeto más liviano que la madera o el hierro, con cuatro caras y esquinas cuadradas, una cosa de colores y sin propósito; y lo deja a un lado, sin saber qué hacer con él. Se para frente a una librería, y esos bellos objetos rectangulares, amarillos, verdes, rojos, blancos, con lomos ornamentados en dorado, para él no son más que frutas pintadas o frascos de perfume sellados cuya fragancia no puede ser captada a través del cristal. Oye los nombres sagrados de Goethe, Dante, Shelley, Beethoven, y no le significan nada; son sílabas sin vida, un ruido vacío y sin sentido. No sospecha, pobrecito, del arrebató que de repente brota de una sola línea en un libro, irrumpiendo del resto como la luna plateada entre nubes inertes; no sabe nada de la profunda emoción que se siente cuando algo de lo que se lee parece de pronto formar parte de la propia experiencia. Está encerrado en sí mismo, porque desconoce los libros; su vida es sosa, troglodita. ¿Cómo, me pregunté, puede un hombre soportar tal existencia, apartado de relaciones con el mundo entero, sin sentirse asfixiado, sin sentirse completamente empobrecido? ¿Cómo puede un hombre tolerar saber únicamente aquello que casualmente llega a sus ojos o oídos? ¿Cómo puede respirar sin ese aire más amplio del mundo que se derrama de los libros? Redoblé mis esfuerzos por imaginar la situación de un hombre que no sabe leer, que está apartado del mundo del pensamiento. En mi ansioso intento por imaginar su forma de vivir, procedí con la misma astucia con que un científico reconstruiría la vida de un patagónico o de un hombre de la Edad de Piedra a partir de los restos de una casa sobre pilotes. Pero no logré adentrarme en el cerebro, en la manera de pensar, de un europeo que nunca ha leído un libro; no podía hacerlo más que un sordo logra concebir la música a partir de meras descripciones de la misma.

Al no poder comprender su mundo interior, el de un analfabeto, traté de aclarar mis ideas imaginando cómo sería mi propia vida sin libros. Primero intenté, por un momento, descartar de mi conciencia todo lo aprendido a partir de las palabras escritas, de todos los libros que había leído. Pero de inmediato fracasé. Mi propia naturaleza, aquello que concebía como mi ser, se disolvía por completo y desaparecía al tratar de quitar lo que los libros y la cultura me habían dado en conocimiento, en experiencia, en el poder de ir más allá de mi propio horizonte, y así sentirme más profundamente cons-

ciente tanto del mundo exterior como de mi propio yo. Donde quiera que dirigiera mis pensamientos, cada objeto y cada circunstancia estaban impregnados de recuerdos y experiencias que debía a los libros, y cada palabra sugería incontables asociaciones con cosas que había leído o aprendido. Cuando, por ejemplo, reflexioné que en ese momento me dirigía a Argel y Túnez, de inmediato una centena de asociaciones se dispararon en mi mente, involuntarias, claras como el cristal, en relación con la palabra “Argel” —Cartago, el culto a Baal, Salamambo, los pasajes en Tito Livio que describen cómo se encontraron los cartagineses y los romanos, Escipión y Aníbal, en Zama, y al mismo tiempo las mismas escenas del fragmento dramático de Grillparzer; y sobre ellas se superpuso la imagen de Delacroix y la descripción de la naturaleza por Flaubert. La herida de Cervantes durante el asalto a Argel, en el reinado de Carlos V, y mil otros sucesos se hicieron extrañamente vívidos al pronunciar o meramente pensar las breves palabras Argel y Túnez. Dos mil años de batallas y de historia medieval, y otras incontables materias, surgieron de las profundidades de mi memoria. Todo lo que había leído y aprendido desde mi niñez dotó de valor a estos dos nombres mientras pasaban por mi mente. Y comprendí que ese don o gracia de poder vagar libremente en el pensamiento y seguir innumerables conexiones, esa magnífica y única manera de ver el mundo desde múltiples niveles a la vez, era otorgada solo al hombre que, extendiéndose más allá de su propia experiencia, se había convertido en poseedor del contenido de los libros, extraído de muchas tierras, pueblos y épocas; y me impactó pensar en lo estrecho que debe parecer el mundo para quien no posee libros. Y, además, el mero hecho de que yo pudiera tener un pensamiento como este, de sentir tan profundamente porque el pobre Giovanni carecía de la inspiración que proviene del conocimiento del gran mundo —¿no debía yo esta capacidad de conmoverme profundamente ante el destino accidental de un extraño a aquellas obras de imaginación con las que me había entretenido? Pues al leer, ¿qué hacemos sino vivir la vida de otras personas, ver con sus ojos, pensar con sus cerebros? De ese vívido y agradecido momento recordé, con creciente intensidad y gratitud, incontables bendiciones que había recibido de los libros. Una experiencia tras otra se hicieron presentes como las estrellas en el firmamento. Recordé momentos definitivos que me sacaron de los estrechos límites de mi ignorancia, me revelaron nuevos valores y me brindaron, aunque siendo aún un muchacho, emociones y experiencias que trascendían mi existencia tan limitada e incipiente. Esa fue la razón —y ahora

lo comprendía— por la que mi imaginación juvenil se había elevado cuando leía las “Vidas” de Plutarco, o “El teniente Easy”, o las “Historias de Leatherstocking”, cuando un mundo más amplio y vívido rompía las murallas y se abría paso en mi apacible morada, arrastrándome consigo. Los libros me ofrecieron mi primera visión del vasto e inmensurable mundo, y el deseo de perderme en él. La mayoría de nuestras emociones, nuestros anhelos por cosas que trascienden nuestro ser, lo mejor de nuestro espíritu, toda esa sed sagrada, se debe a la sal, por así decirlo, que contienen los libros y que nos impulsa, una y otra vez, a beber de nuevas experiencias. Recordé decisiones importantes que tomé por causa de los libros, durante noches en que, como en otras ocasiones similares, se renunciaba con gusto al sueño en pos de la felicidad. Cuanto más pensaba en ello, más comprendía que el mundo mental de un hombre se compone de millones de mónadas de impresiones individuales, de las cuales muy pocas son producto de su propia observación o experiencia; todo lo demás —la masa esencial y compleja— proviene de los libros, de lo que ha leído, experimentado de modo indirecto, aprendido.

Era maravilloso pensar en todo esto. Felices experiencias largamente olvidadas, que habían llegado a mí a través de los libros, volvían ahora a mi memoria. Una recordaba a otra; y así como al mirar el cielo aterciopelado de la noche e intentar contar las estrellas, nuevas estrellas, hasta entonces inadvertidas, aparecían constantemente y confundían el recuento, me di cuenta, al mirar profundamente en mi mundo interior, de que ese otro firmamento también se ilumina con innumerables llamas individuales, y que nuestra capacidad mental de disfrutar nos brinda un segundo universo, que gira a nuestro alrededor con sus estrellas titilantes, lleno, como el primero, de música inaudita. Nunca había estado tan cerca de los libros como en ese momento, cuando no sostenía uno en mis manos, sino que simplemente pensaba en ellos, aunque lo hacía con el sentimiento de quien ha despertado a una realización plena. Esto se logró gracias a mi encuentro con ese pobre analfabeto, quien, aunque formado como yo, se veía impedido por su única carencia de penetrar con amor y energía creativa en el mundo superior. A través de él llegué a comprender la plena magia de los libros, que abren el universo a diario a quienes saben leer.

Cuando un hombre llega de esta manera a una plena comprensión de la influencia ilimitada de la escritura y la imprenta, de ese medio para transmitir el pensamiento, ya sea que piense en un solo libro o en los libros en ge-

neral, sonríe con lástima ante la desolación que hoy embarga a tantos, incluso a los inteligentes. Se quejan de que la época de los libros ha llegado a su fin; que el desarrollo técnico es ahora lo primordial. Afirman que el fonógrafo, el cine y la radio son medios más precisos y convenientes para transmitir el lenguaje y el pensamiento, y que ya han empezado a reemplazar a los libros; que el papel de los libros en la historia de la civilización pronto será cosa del pasado.  Qu  visión tan limitada, tan atrofiada!  Qu  milagro ha logrado jams la destreza técnica que supere o iguale el efecto maravilloso de los libros a lo largo de miles de años? La química no ha producido un explosivo con un poder tan abarcador, capaz de sacudir el mundo; no ha fabricado láminas de acero ni hormigón armado que puedan superar este pequeño haz de hojas impresas. Ninguna lámpara eléctrica emite la luz que desprende un fino folleto, ni ninguna corriente eléctrica creada por la técnica se equipara a aquella que llena el alma cuando entra en contacto con un libro. Intemporales e indestructibles, inmutables a lo largo de los siglos, baterías de almacenamiento de la máxima potencia en la forma más pequeña y útil, los libros no tienen nada que temer a los desarrollos técnicos, pues  acaso no es la destreza técnica aprendida y perfeccionada por medio de los libros, y de nada más? En todas partes, no solo en nuestros tiempos, los libros son el alfa y la omega de todo conocimiento, el principio de cada ciencia. Cuanto más íntimamente se relaciona un hombre con los libros, más profundamente experimenta la unidad de la vida, porque su personalidad se multiplica; no ve solo con sus propios ojos, sino con los innumerables ojos del alma, y gracias a su ayuda sublime viaja con simpatía amorosa por todo el mundo.

# EL VENDEDOR DE LIBROS VIEJOS

## UN CUENTO VIENÉS PARA BIBLIÓFILOS

Había regresado a Viena y volvía de una visita a los suburbios cuando, de repente, me topé con un aguacero que, como un látigo mojado, hacía correr a la gente a refugiarse en puertas y bajo cualquier cobijo. Yo, también, corrí apresuradamente en busca de un amparo. Por suerte, ahora hay un café en cada esquina de Viena. Así que, con el sombrero goteando y los hombros completamente empapados, entré en el café situado justo enfrente. Una vez dentro, pude ver que se trataba de un café suburbano del tipo convencional, casi estandarizado. Carecía de los modernos artilugios del tipo alemán de las salas de música, comunes en el corazón de la ciudad. Era un típico café vienés, de clase media, y estaba completamente repleto de pequeños comerciantes que devoraban periódicos con más avidez que pasteles. Ya entrado el ocaso, el aire, ya sofocante, se veía además impregnado de anillos de humo. Pero aun así, el café lucía impecable, con sus inconfundibles y modernos sofás de terciopelo y su brillante caja registradora de aluminio. En mi prisa no me había molestado en fijarme en el nombre que colgaba en el exterior. Mientras me sentaba, relajado y mirando impaciente a través de los cristales cubiertos por una leve bruma azulada, me preguntaba cuándo, por fin, se dignaría la fastidiosa lluvia a avanzar unos pocos kilómetros más.

Tan desocupado me sentía que me dejé caer en esa perezosa pasividad que emana, de forma imperceptible, de todo auténtico café vienés como un narcótico. En ese estado de vacío observaba a la gente, uno a uno. La luz artificial de la sala de fumadores proyectaba un gris enfermizo alrededor de sus ojos. Miré a la chica de la caja mientras repartía mecánicamente azúcar y cucharas al camarero por cada taza de café. Apenas medio dormido, leía inconscientemente los letreros más triviales en las paredes, y ese embotamiento de los sentidos me producía una especie de apatía que me reconfortaba. Pero, de repente, algo me sacudió de mi medio sueño de una manera extraña. Una excitación interior comenzó a agitarse, incierta e inquieta, en mí, justo como lo hace un leve dolor de muela del que, al principio, no se sabe nada, ni siquiera si proviene del lado izquierdo de la cara o del derecho, en los dientes inferiores o en los superiores. Solo sentía una tensión sorda, una inquietud mental. Porque, de pronto —no podría decir cómo— me percaté de que debía haber estado allí antes, años atrás, y que por alguna asociación estaba ligado a esas paredes, a aquellas sillas, a aquellas mesas, a esa extraña sala ahumada.

Pero cuanto más me esforzaba en comprender esa asociación, más maliciosa y escurridizamente se me escabullía, como una medusa que brilla con incertidumbre en las profundidades más bajas de mi conciencia y que, sin embargo, no se puede atrapar, no se puede asir. En vano fijaba la mirada en cada objeto del establecimiento. Por supuesto, algunas cosas no las reconocía, como, por ejemplo, la caja registradora con sus tintineantes y sonoras teclas grabadoras; o ese panel de revestimiento marrón de palo de rosa artificial, que debió instalarse más tarde. Y, sin embargo, —y sin embargo— había estado allí antes, ¡hace veinte años o más! Aquí, escondido en lo invisible, como el clavo incrustado en la madera, se demoraba algo de mi antiguo yo, ya largamente superado. Con fuerza extendí mis facultades hacia el espacio y, al mismo tiempo, hacia mi propio ser —¡y, maldita sea!, no pude alcanzarlo, ese recuerdo esquivo ahogado en las profundidades de mi propio ser.

Me inquieté, como uno siempre se inquieta cuando alguna dificultad le hace consciente de la insuficiencia e imperfección de sus facultades mentales; pero no perdí la esperanza de atrapar ese recuerdo, pues mi memoria está tan extrañamente constituida que sabía que bastaba con la más mínima pista. Esa memoria mía es, a la vez, buena y mala, ahora obstinada y voliti-

va, pero a la vez inexpresablemente fiel. Con frecuencia envuelve por completo en su oscuridad lo esencial de los hechos, de los rostros, de la lectura y de la experiencia, y no revela nada de este mundo inferior al simple mandato de la voluntad, sin compulsión. Mas si lograra captar el más fugaz indicio—una postal, unas pocas líneas en un sobre, un periódico mohoso—de inmediato lo olvidado tiembla, como un pez en el anzuelo, de las agitadas aguas oscuras, corpóreo y concreto. Entonces conozco hasta el último rasgo de una persona—su boca, el hueco dejado por un diente ausente en el lado izquierdo de su cara al reírse—y la cadencia entrecortada de su risa—y cómo al mismo tiempo su bigote comienza a temblar y emerge un rostro nuevo, distinto. Entonces, de pronto, visualizo todo en su integridad y recuerdo cada palabra que aquel hombre me dijo años atrás. Pero, para ver y sentir algo del pasado, siempre necesito un estímulo físico, una pequeña ayuda de la realidad. Así que cerré los ojos para reflexionar con aún más intensa concentración, para crear y asir ese misterioso anzuelo. ¡Pero nada! ¡Otra vez nada! Sepultado y olvidado. Y me enfurecí tanto contra ese defectuoso órgano volitivo de la memoria, entre mis sienes, que podría haber golpeado mi frente con mis puños, como se golpea a un autómata averiado que se niega injustamente a cumplir lo que se le pide. Ese desaire interior me perturbó tanto que ya no pude permanecer sentado, y, por puro hastío, me levanté para buscar alivio. Curiosamente, apenas di mis primeros pasos por la sala, la primera centelleante luminiscencia comenzó a brillar y a destellar en mi interior. A la derecha de la caja registradora, recordé, la sala debía conducir a un cuarto sin ventanas, iluminado solo por luz artificial. Y así resultó ser. Allí estaba, ese cuarto trasero rectangular y con contornos indistintos—la sala de cartas y billar—con un papel distinto en la pared, pero por lo demás sin cambios. Temblando de alegría, miré instintivamente a mi alrededor, absorbiendo objeto tras objeto. Sentí que pronto sabría todo. En la sala había dos mesas de billar sin usar, apenas visibles al principio, semejantes a estanques verdes y estancados cubiertos de limo. En las esquinas se disponían mesas de cartas, en una de las cuales dos concejales o profesores jugaban ajedrez. Una pequeña mesa cuadrada se encontraba en el espacio cercano a la estufa de hierro, de camino a la cabina telefónica. De pronto, todo volvió a mí y, en un instante, supe de un solo destello, con un único y aturdidor sobresalto de júbilo flamígero: ¡Mein Gott! Por supuesto, aquel era el lugar de Mendel—Jacob Mendel, Mendel el vendedor de libros viejos—y, tras veinte años, estaba una vez más en su cuartel general, ¡el Café

Gluck, en la parte alta de la Alserstrasse! ¿Cómo pude haberlo olvidado, “Buch-Mendel”, durante tanto tiempo, este hombre tan extraño y legendario, esta maravilla del mundo apartado, célebre en la universidad y en un pequeño, reverente círculo? ¿Cómo podía olvidarlo, el vendedor y mago de los libros! Allí se había sentado, regularmente, todos los días, desde la mañana hasta la tarde, símbolo del saber, celebridad y renombre del Café Gluck.

Bastó por un instante mirar hacia el interior, tras los párpados cerrados, y de inmediato su inconfundible y nítida figura surgió de mi imaginación estimulada. Al instante, lo vi casi corpóreamente, como siempre se sentaba en aquella pequeña mesa cuadrada, cuyo tablero de mármol grisáceo y sucio estaba invariablemente abarrotado de libros y publicaciones misceláneas. Lo vi tranquilo y sereno, con los ojos tras sus gruesas gafas fijas, en una hipnótica mirada, sobre su libro. Lo vi con su mal pulida y manchada calva, tarambana y murmurando mientras mecía su cuerpo de adelante hacia atrás —un hábito que había traído consigo desde la heder, la escuela judía para niños en el Cercano Oriente. Aquí y solo aquí, en esa mesa, leía sus catálogos y libros como le habían enseñado a leer en la escuela talmúdica, cantando suavemente y balanceándose— como una cuna de mecedora negra. Porque, así como un niño se duerme y se aleja del mundo mediante este movimiento rítmico y hipnótico, también, según la creencia de aquellos devotos, uno cae en la gracia de la concentración gracias a este mecer y oscilar del cuerpo inerte. Y, de hecho, este Jacob Mendel no veía ni oía nada de lo que acontecía a su alrededor. Los jugadores de billar cercanos eran ruidosos; los mozos corrían; los teléfonos sonaban; el suelo se fregaba; el fuego en la estufa se avivaba. No se percataba de nada de todo ello. Una vez cayó una brasa viva de la estufa. El parqué olía a madera chamuscada y estaba humeando a dos pasos de Mendel cuando un cliente, que había advertido el peligro por el olor desagradable, comenzó a apagar el fuego. Pero el propio Jacob Mendel, a tan solo unos centímetros y rodeado de humo, no notó nada. Porque leía como otros oran, como los jugadores juegan y como los borrachos se quedan atónitos mirando al vacío. Leía con una absorción tan conmovedora que, desde entonces, toda lectura hecha por otros hombres me ha parecido profana. En este pequeño vendedor de libros viejos de Galicia, Jacob Mendel, yo, cuando era joven, vi por primera vez el gran secreto de la concentración incesante que distingue tanto al artista como al científico, al

hombre verdaderamente sabio, así como al completamente lunático—esa trágica fortuna y desdicha de la posesión demoníaca completa.

Un colega mío, mayor y de la Universidad, me había llevado a conocerlo. En ese momento investigaba, con escaso éxito, a Mesmer, el médico y magnetizador paracelsiano, quien aún hoy no recibe el reconocimiento que merece. La literatura general sobre el tema resultaba inadecuada y el bibliotecario al que yo (inocente novato que era) había preguntado por información, se mostró frío y malhumorado. Los comprobantes y la literatura eran mi asunto, no el suyo. Fue entonces cuando mi colega me mencionó por primera vez el nombre de Mendel. “Iré contigo a ver a Mendel”, me prometió. “Él sabe todo y te consigue todo. Te sacará el libro más raro de la librería de segunda mano alemana menos recordada. Es el hombre más eficiente de Viena y, además, un personaje único, un ‘librosaurio’ de una raza pasajera de épocas idas.”

Así que los dos nos dirigimos al Café Gluck y, he aquí, allí se hallaba, “Buch-Mendel”, el vendedor de libros viejos, con gafas, barba, vestido de negro, leyendo y meciéndose como un arbusto oscuro al viento. Nos acercamos. Él no nos advirtió. Se sentaba, leyendo y balanceándose sobre la mesa, al modo de un árbol de pagoda. Tras él, en un gancho, colgaba su raída gabardina negra, abultada con publicaciones y notas de negocio. Mi amigo tosió en voz alta para anunciar nuestra presencia, pero Mendel, con sus gruesas gafas obstinadamente apretadas contra el libro, aún no se había percatado de nosotros. Finalmente, mi amigo golpeó la mesa tan fuerte y enérgicamente como se golpea una puerta. Entonces, al fin, Mendel se despertó y, con un rápido movimiento instintivo, se empujó las torpes gafas con montura de acero sobre la frente, mientras, desde bajo sus cejas cenicientas erizadas, dirigía hacia nosotros sus extraños y penetrantes ojos—pequeños, negros, vigilantes—rápidos, agudos, que iban y venían como la lengua de una serpiente. Mi amigo me presentó y yo expliqué mi encargo. Primero recurrí a un subterfugio que mi amigo me había recomendado expresamente. Apareciendo aparentemente enojado, me quejé del bibliotecario que no quiso darme ninguna información. Mendel se recostó y escupió con cuidado exagerado. Luego soltó una breve risa y, con un acento que recordaba al oriente, dijo: “¿Que no quiso? ¡No—no pudo! Es un parch, un burro maltratado de cabello canoso. ¡Hace más de veinticinco años que lo conozco—Dios nos ayude—pero hasta ahora no ha aprendido nada. ¡Lo único que sabe ha-

cer es embolsarse el sueldo! ¡Estos médicos deberían más bien poner ladrillos, en vez de meterse con los libros!”

Con esa efusión de su corazón se rompió el hielo, y un gesto afable de su mano me invitó por primera vez a sentarme en la mesa cuadrada, cuyo tablero de mármol estaba garabateado de notas — a ese altar de revelaciones bibliográficas que hasta entonces me era desconocido. Rápidamente expliqué lo que deseaba: las obras contemporáneas sobre magnetismo, así como todos los libros y polémicas posteriores a favor y en contra de Mesmer. Tan pronto terminé, Mendel cerró su ojo izquierdo por un instante, exactamente como hace un tirador antes de disparar. Y, de hecho, ese gesto de atención concentrada duró apenas un segundo. Luego, como si leyera de un catálogo invisible, enumeró con fluidez dos o tres docenas de libros, cada uno con su lugar de publicación, fecha y precio aproximado. Quedé atónito. Aunque estaba preparado, no esperaba esto. Pero mi estupefacción pareció agradarle, pues de inmediato siguió desplegando en el teclado de su memoria las más asombrosas paráfrasis bibliográficas de mi tema. ¿Quería saber algo sobre los sonámbulos, o sobre los primeros intentos de hipnotismo, o sobre Gassner, el exorcismo, la Ciencia Cristiana y la Madame Blavatsky? Nuevamente fue disparando nombres, títulos, descripciones. Ahora aprecié la singular memoria que poseía Jacob Mendel — ¡una verdadera enciclopedia, un catálogo universal con patas! Completamente pasmado, observé aquel fenómeno bibliográfico, envuelto en aquella raída vestidura, algo grasienta, de un vulgar vendedor de libros viejos gallego, quien, tras haber mencionado, con aparente indiferencia, unos ocho nombres, pero internamente satisfecho con su as bajo la manga, se limpió las gafas con un pañuelo que, en otro tiempo, pudo haber sido blanco. Para disimular un poco mi asombro, le pregunté tímidamente cuál de esos libros podría conseguirme. “Bueno, veremos qué se puede hacer al respecto”, murmuró. “Vuelve mañana. Mientras tanto, Mendel te conseguirá algo. Y lo que en un sitio no se encuentre, se hallará de alguna forma en otro. Si un hombre tiene juicio, también tiene suerte.”

Le agradecí cortésmente, y por pura cortesía metí la pata proponiéndole anotar en un papel los títulos de los libros que quería. ¡En ese preciso instante sentí un empujón advertidor del codo de mi amigo! ¡Pero ya era demasiado tarde! Mendel ya me había lanzado una mirada — ¡qué mirada! — una mirada que era, a la vez, triunfal y dolida, desdeñosa y superior, en definiti-

va, una mirada regia, la mirada shakesperiana de Macbeth, tal como Macduff exige al invencible héroe que se rinda sin luchar. Una vez más soltó una breve risa, y su gran manzana de Adán se movía arriba y abajo en su garganta. Al parecer, le costó tragar una palabra grosera. Y tendría razón, si hubiese mostrado toda insolencia concebible, el buen y honesto Mendel; pues solo un desconocido, un ignorante (un amhorets, como decía) podría haber sido tan insolente como para atreverse a anotar para él, ¡Jacob Mendel—el mismísimo Jacob Mendel—el título de un libro, como se haría con un aprendiz en una librería o un subordinado de biblioteca; ¡como si este inigualable, este brillante cerebro de libros hubiera necesitado jamás tal tosco recurso! Solo más tarde comprendí cuánto debí haber afligido a ese genio solitario con mi cortés ofrecimiento; porque este pequeño judío gallego, arrugado y encorvado, cuyo rostro estaba cubierto por su barba, este Jacob Mendel era un Titán de la memoria. Tras esa frente calcárea y mugrienta, invadida por cabellos rebeldes, se hallaba impreso, como con tipos metálicos fundidos en la escritura invisible del espíritu de la memoria, prácticamente cada autor y título que jamás hubiese aparecido en la portada de un libro. Mendel conocía el lugar de publicación, el editor, el precio, de cada libro que valiera la pena—tanto del que aparecía ayer como del que tenía doscientos años. Al primer atisbo, y con visión infalible, recordaba al instante el encuadernado, las ilustraciones y los facsímiles. Veía cada obra, ya sea que él mismo la hubiese manipulado o solo la hubiese divisado a lo lejos en alguna vitrina o biblioteca, con la misma claridad visual con que el artista creador contempla su creación interior, aún invisible para el mundo exterior. Recordaba al instante cuando, acaso, un libro había sido ofrecido en el catálogo de un anticuario de Ratisbona por seis marcos, que el mismo libro, en otra edición, se podía haber comprado en Viena dos años antes en una subasta por seis coronas, y, en la misma exhalación, también daba el nombre del comprador. No, Jacob Mendel jamás olvidó un título, ni un ejemplar. Conocía de memoria cada planta, todas las infusorias, cada estrella del cosmos siempre giratorio y agitado de todo el mundo de los libros. En cada rama sabía más que los propios expertos; había dominado las bibliotecas mejor que los propios bibliotecarios. Conocía de memoria el inventario de la mayoría de las editoriales mejor que sus dueños, a pesar de sus listas e índices, aunque a su disposición nada más que la magia de su memoria—una facultad incomparable que se podía ilustrar con cien ejemplos separados. Es cierto que esa memoria, tan demoníacamente infalible,

se dejaba adoctrinar y formar por el eterno misterio de toda perfección, mediante la concentración. Fuera de sus libros, ese hombre extraordinario no sabía nada del mundo; porque todos los fenómenos de la vida adquirían realidad para él solo cuando se transformaban en letras, cuando se reunían en un libro y se volvían, por así decirlo, esterilizados. Pero ni siquiera leía los libros en sí, por lo que significaban, por su contenido factual y su sentido espiritual. Solo le llamaban la atención sus autores y títulos, sus precios, sus formas exteriores, sus portadas. En última instancia, aunque improductiva y poco creativa, y siendo solo un registro de cien mil títulos y nombres estampados en la blanda corteza de un cerebro mamífero, en lugar de estar escritos en un catálogo, la memoria especializada de este librero, Jacob Mendel, en su perfección única, no era inferior, como fenómeno, a la memoria de Napoleón para las caras, a la de Mezzofanti para las lenguas, a la de un Lasker para las aperturas de ajedrez o a la de un Busoni para la música. Si se pusiera este cerebro en un seminario, en una universidad, habría instruido y sorprendido a miles, incluso a cientos de miles de estudiantes y eruditos, y habría sido de utilidad para el saber, una ganancia inigualable para aquellos tesoros públicos que llamamos bibliotecas. Pero ese mundo superior le estaba para siempre vedado, a este pequeño vendedor de libros viejos gallego sin mayores estudios, que no había ido mucho más allá de la escuela talmúdica. Así, la facultad fantástica solo podía expresarse en una ciencia mística sobre la mesa de mármol del Café Gluck. Nuestro mundo intelectual aún espera la llegada de ese gran psicólogo que, como Buffon organizó y clasificó las especies y variedades de animales, describirá y diferenciará, a su vez, los diversos tipos y prototipos de ese poder mágico que llamamos memoria. Tendrá que recordar a Jacob Mendel, ese genio de los precios y títulos, ese maestro desconocido de la erudición bibliográfica.

Debido a su vocación, por supuesto, Jacob Mendel se mostraba ante los no iniciados como un simple vendedor de libros sin importancia. Cada domingo aparecía en el *Neue Freie Presse* y en el *Neues Wiener Tageblatt* el mismo anuncio estereotipado: “Se compran libros viejos, se pagan precios máximos. Atención inmediata. Mendel, Obere Alserstrasse” —y seguía un número telefónico que era, en realidad, el del Café Gluck. Rebuscaba en existencias y, con la ayuda de un viejo portero municipal, cada semana arrastraba nuevos despojos a su cuartel general para luego sacarlos de allí, pues no tenía licencia para tener una librería regular. Así se aferraba a su insignificante negocio y de escasos honorarios. Los estudiantes le vendían

sus libros de texto, y a través de sus manos estos libros pasaban de una generación mayor a la que, por el momento, era más joven. Además, actuaba como intermediario y conseguía todos los artículos deseados por un pequeño recargo. Sus buenos consejos eran baratos. Sin embargo, el dinero no tenía cabida en su mundo; nadie lo había visto jamás, salvo con la misma raída gabardina, desde la mañana, la tarde y la noche—tomando su leche y dos bollos, y al mediodía comiendo algo traído de un restaurante cercano. No fumaba, no jugaba; se podría decir que no vivía. Pero sus dos ojos vivían tras las gafas y alimentaban incesantemente aquella enigmática materia cerebral con palabras, títulos y nombres de libros. Y la abundante e improntable masa, como un prado que absorbe miles y miles de gotas de lluvia, se impregnaba de esa abundancia. La gente no le interesaba, y de todas las pasiones humanas conocía, quizá, solo esta: la vanidad—reconocida como la más humana de todas. Cuando alguien, después de haberse cansado de buscar en otros cien lugares, acudía a él en busca de información y él podía dársela, eso solo le daba satisfacción, junto con el hecho de que unas pocas docenas de personas, tanto de Viena como del extranjero, también necesitaban y valoraban su saber. En cada conglomerado inmanejable de millones que llamamos ciudad, siempre hay aquí y allá algunos pequeños facetes que reflejan, en sus diminutas superficies, un mismo universo, invisibles para la mayoría y apreciados solo por el conocedor que comparte el mismo entusiasmo. Y todos esos conocedores de libros conocían a Jacob Mendel. Así como la gente que deseaba consejo sobre una página musical acudía a Eusebius Mandyczewski en la Sociedad de Amantes de la Música—un hombre que, con su gorro gris, se sentaba de manera amigable entre sus informes y notas y, con la primera mirada hacia arriba, resolvía sonriendo los problemas más difíciles—así, hoy en día, todos los que precisan información sobre los antiguos teatros de Viena acuden, con total seguridad, al omnisciente Father Clossy—de igual modo, los pocos bibliófilos ortodoxos, con una “por supuesto” igualmente confiado, se dejaban llevar hasta Jacob Mendel en el Café Gluck tan pronto surgía algún caso especialmente complicado. Me producía, a mí, joven y curioso como era, un placer peculiar observarlo durante tales consultas. Generalmente, si se le presentaba un libro de calidad inferior, él juntaba sus cubiertas con desprecio y simplemente murmuraba: “Zwei Kronen.” Pero ante alguna copia única o rara, se retraía con respeto y colocaba un periódico debajo de ella; y se veía que, de pronto, se avergonzaba de sus sucias, entintadas y negras yemas de los dedos. Enton-

ces, empezaba a pasar la página tras página—con cariño, cuidado y gran respeto. En esos momentos nadie podía interrumpirle, nada más que se puede interrumpir a un verdadero creyente durante sus oraciones. De hecho, cada una de esas acciones—mirar, manipular, oler y pesar—tenía algo del ceremonial de un ritual religioso. Su figura encorvada se movía de un lado a otro mientras murmuraba y gruñía, se rascaba la cabeza y emitía extraños y primitivos sonidos—un largo “ah” casi sobresaltado o un “oh” de éxtasis, y luego, de nuevo, un aterrador “oi” o “oiveh” cuando parecían faltar algunas páginas o cuando alguna de ellas había sido mutilada por un polilla de libros. Finalmente, pesaba el libro viejo, olisqueaba y olía el torpe cuartillo, con los ojos medio cerrados, como huele una chica sentimental una tuberosa, y con igual emoción. El propietario, por supuesto, debía tener paciencia durante ese procedimiento algo minucioso. Pero, habiendo examinado el libro, Mendel entregaba, sin reparos—sí, incluso con entusiasmo—toda la información posible. Invariablemente añadía anécdotas de amplio alcance y recitaciones dramáticas de los precios de copias similares. En esos momentos Mendel parecía volverse más brillante, más joven, más animado. Solo algo podía enfurecerle sin límites: que, por casualidad, algún novato intentase ofrecerle dinero por su tasación. Entonces se retraería ofendido, como algún administrador de galería a quien un americano de paso quiere dar una propina por su información—porque para Mendel, que se le permitiera manipular un libro valioso significaba lo mismo que para otro presentarle a una mujer hermosa. Esos momentos eran sus noches de amor platónico. Solo un libro, nunca el dinero, tenía poder sobre él. Por ello, grandes coleccionistas, entre ellos también el fundador de una nueva Universidad americana, buscaban en vano asegurar sus servicios como asesor y comprador para sus bibliotecas. Jacob Mendel se negaba. No podía concebirse de otra manera que como en el Café Gluck. Hace treinta y tres años—entonces un joven de baja estatura y algo encorvado—aún luciendo una suave barba negra y rizos en la frente, había venido del Cercano Oriente a Viena para estudiar teología judía. Sin embargo, pronto abandonó al severo Jehová monoteísta para entregarse al centelleante y mil veces polifacético politeísmo de los libros. Fue en ese momento cuando descubrió el Café Gluck, y gradualmente se convirtió en su estudio, su cuartel general, su oficina de correos, ¡su mundo! Así como un astrónomo, solo en su observatorio, observa cada noche a través de la diminuta abertura de su telescopio las miríadas de estrellas—sus senderos secretos, sus errantes y desordenados movimientos, su extinción y

reencendido— así Jacob Mendel miraba, a través de sus gafas, desde la mesa cuadrada del Café Gluck, hacia aquel otro universo de libros— siempre giratorio y siempre emergente— hacia ese mundo por encima del nuestro.

Por supuesto, gozaba de gran respeto en el Café Gluck, cuya fama estaba ligada, para nosotros, a su invisible silla profesoral más que al nombre del gran músico, Christoph Willibald Gluck, el creador de *Alceste* y de *Ifigenia*. Mendel figuraba en el inventario del café tan plenamente como la vieja caja registradora de cerezo, como las dos mesas de billar mal remendada o la tetera de cobre. Su mesa estaba custodiada como un santuario, pues a sus numerosos clientes e interlocutores se les instaba amablemente, por parte de los miembros del establecimiento, a pedir algo o lo otro, de modo que, en efecto, la mayor parte de las ganancias derivadas de su saber se vertían en el amplio monedero de cuero que el jefe de sala llevaba colgado de la cadera. Por ello, Mendel disfrutaba de muchos privilegios. Tenía uso libre del teléfono; su correspondencia era reservada para él y se ocupaban de todos sus pedidos; la honesta y anciana mujer del vestuario le cepillaba la gabardina, cosía sus botones y cada semana llevaba su pequeño fajo de ropa sucia a la lavandería. Solo a él le podía servir que le trajeran la cena desde el restaurante cercano. Cada mañana el señor Standhartner, el dueño, acudía en persona a su mesa y le saludaba (por supuesto, usualmente sin que Jacob Mendel lo notara, absorto en sus libros). Exactamente a las siete y media de la mañana, Mendel llegaba y solo se marchaba cuando apagaban las luces. Nunca hablaba con los otros clientes, no leía periódicos, no notaba cambios; y cuando el señor Standhartner le preguntó educadamente alguna vez si no le resultaba más fácil leer con la luz eléctrica que antes con el parpadeo de la lámpara Auer, él se quedó mirando, sorprendido, las bombillas incandescentes. Aunque el cambio supuso ruido y martilleo durante varios días, ni lo notó. Solo a través de las dos aberturas redondas de sus gafas, de esos dos lentes que miraban y absorbían, los millones de infusorias negras de las letras se filtraban en su cerebro. Todo lo demás pasaba a su lado como un sonido sin sentido. En definitiva, había pasado más de treinta años, es decir, todas sus horas de vigilia, solo allí, en esa mesa cuadrada, leyendo, comparando, calculando, en un sueño incesante y duradero, interrumpido solo por el sueño.

Por ello, una especie de miedo se apoderó de mí al ver aquella mesa de mármol oracular de Jacob Mendel en esa sala, tan solitaria como una lápida. Ahora, ya mayor, comprendí por primera vez cuánto desaparece con cada hombre así, primero porque todo lo inusual se vuelve cada día más precioso en nuestro mundo, irremediablemente cada vez más estandarizado. Además, por un presentimiento secreto, el joven e inexperto que fui me había llegado a encariñar muchísimo con ese Jacob Mendel. En él, por primera vez, me había acercado al gran secreto de que todo lo individual y superior en nuestra vida se logra al despertar la energía interior, mediante una elevada monomanía, divinamente próxima a la locura. Que una devoción a lo puramente espiritual, que una inmersión completa en una sola idea, aún pudiera ocurrir hoy, un retiro no menos absoluto que el de un yogui indio o de un monje medieval en su celda, y que eso sucediera en un café iluminado eléctricamente, al lado de una cabina telefónica—esa verdad la aprendí, joven, de un desconocido e insignificante comerciante de libros viejos, más que de nuestros escritores contemporáneos. Y, sin embargo, lo había olvidado—al menos durante los años de la Guerra y en una devoción a mi propio trabajo no muy distinta al suyo—pero ahora, ante esa mesa vacía, sentí una especie de humildad y, a la vez, una renovada curiosidad.

¿Dónde estaba Mendel? ¿Qué había sido de él? Llamé al camarero y le pregunté. No, me dijo, lo sentía, no conocía a ningún señor Mendel, ningún hombre con ese nombre frecuentaba el café, pero quizá lo supiera el jefe de sala. Ese individuo empujó su ventanal en nuestra dirección, vaciló y reflexionó. No, para él tampoco era conocido el señor Mendel. ¿Pero acaso quise decir el señor Mandl, el señor Mandl del negocio de ferretería en la Florianigasse? Un sabor amargo se posó en mis labios, un sabor a transitoriedad. ¿Para qué vive uno, si una ráfaga de viento que sopla a nuestras espaldas se lleva el último rastro de lo que fuimos? Durante treinta, quizá cuarenta años, un hombre había respirado, leído, pensado, hablado, en aquella sala de unos pocos metros cuadrados, y bastaban tres o cuatro años, la llegada de un nuevo faraón, y José era olvidado; nadie recordaba a Jacob Mendel, “Buch-Mendel”. Casi con ira le pregunté al jefe de sala si podía hablar con el señor Standhartner, o si es que aún quedaban algunos de los antiguos empleados en el establecimiento. Oh, el señor Standhartner—¡vaya, Dios mío!—había vendido el café hacía mucho tiempo—¡había muerto, y el viejo jefe de sala ahora vivía en su pequeña propiedad cerca de Krems! No, ya no quedaba nadie—¡pero, espera! Claro—la señora Sporschil, la mujer del

vestuario, seguía allí; pero seguramente ya no recordaría a los clientes individuales. De inmediato se me ocurrió: a un Jacob Mendel no se le olvida. La hice venir hacia mí.

Salió de su cuarto en el sótano, esa señora Sporschil, de cabello blanco, arrugada, con un andar algo edematoso. Aún se frotaba apresuradamente las manos rojas con un trapo. Aparentemente, acababa de barrer su oscura sala o limpiar las ventanas. Por su manera vacilante noté enseguida que le resultaba desconcertante ser llamada de golpe bajo las grandes bombillas incandescentes de la parte delantera del café. La gente común en Viena detecta de inmediato detectives y policías a su alrededor si se quiere interrogar a alguien; así que ella me miraba desconfiada, desde bajo sus párpados, con una apariencia cuidadosamente adoptada de humildad. ¿Qué bien podría yo querer de ella? Pero apenas pregunté por Jacob Mendel, cuando ella me miró con ojos rebosantes, literalmente llorosos, y encogió los hombros de forma espasmódica. “¡Mein Gott, pobre señor Mendel, que todavía se le piense en él! ¡Sí, en verdad, pobre viejo Mendel!” Casi lloró; se mostró tan conmovida como suelen estar los ancianos cuando alguien les recuerda su juventud, o algún lazo olvidado pero atesorado. Le pregunté si aún vivía. “¡Oh, mein Gott, pobre señor Mendel, debió haber muerto hace cinco o seis —no, ¡siete años! ¡Qué hombre tan querido, y pensar cuánto tiempo lo conocí, ¡más de veinticinco años! ¡Ay, estaba aquí cuando llegué por primera vez al lugar! ¡Y fue una vergüenza dejar que muriera!” Se excitó cada vez más—me preguntó si yo era pariente suyo. Nadie se había molestado nunca por él, nadie le preguntaba por él. ¿Acaso no sabía lo que le había ocurrido?

“No, le aseguré, no sabía nada; cuénteme, cuénteme todo.” La buena mujer se mostró tímida y apenada, secándose las manos húmedas una y otra vez. Percibí que para ella, una mujer del vestuario, era doloroso estar en el centro del café, con su delantal manchado y su cabello despeinado. Además, miraba ansiosamente a derecha e izquierda, para ver si algún camarero la escuchaba. Así que le sugerí que saliéramos a la sala de cartas, al viejo local de Mendel; allí debía contarme todo. Conmovida, asintió agradecida, confirmando que la había entendido. La anciana y algo temblorosa nos precedió, y yo la seguí. Ambos camareros nos observaban asombrados. Sospechaban de algún vínculo, y varios clientes también se mostraban sorprendidos ante tan dispar pareja. Y allí, en su mesa, ella me contó acerca de la caí-

da de Jacob Mendel, “Buch-Mendel”, como lo llamaban todos. Más tarde, otros detalles me llegaron por otra fuente.

Pues bien, él venía, como de costumbre, todos los días a las siete y media de la mañana, incluso tras el estallido de la Guerra, y se sentaba allí y estudiaba todo el día, como antaño. De hecho, todos sentían y hablaban a menudo de que jamás le había penetrado en la conciencia que había una guerra. Y sé que nunca miraba un periódico ni hablaba con nadie más. Pero, incluso cuando los vendedores de noticias gritaban sus letales proclamas, llamando a sus extras de periódico, y toda la gente se juntaba corriendo, él nunca se levantaba ni los escuchaba. No se percataba en absoluto de que Franz había desaparecido, ni del mozo de la sala de billar, que había caído en Grölitz. No sabía que el hijo del señor Standhartner había sido capturado en Przemysł. Nunca dijo ni una palabra mientras el pan se deterioraba y le daban, en lugar de leche, un miserable brebaje de café de higos. Solo una vez se preguntó por qué venían tan pocos estudiantes. Eso fue todo. “¡Mein Gott, pobre hombre! Nada le daba placer o inquietud, salvo sus libros.”

Pero entonces, un día, sucedió. Alrededor de las once de la mañana, a plena luz del día, llegó un policía acompañado de un detective. Señaló la placa en su ojal y preguntó si es que cierto Jacob Mendel no frecuentaba el café. Luego se dirigieron directamente a la mesa del pobre Mendel, quien, sin reparos, creyó que querían venderle algunos libros o preguntarle algo. Pero pronto le pidieron que los acompañara y se lo llevaron. ¡Fue una verdadera vergüenza para el café! Toda la gente se aglomeró alrededor del pobre señor Mendel, que se encontraba entre los dos hombres, con las gafas empujadas hasta su cabello, mirando de un lado a otro, sin saber qué querían de él. Sin embargo, ella le dijo al policía, de inmediato, que debía haberse tratado de un error— ¡un hombre como el señor Mendel no podría dañar ni a una mosca! Ante lo cual, el detective le gritó enseguida que no se metiera en asuntos oficiales. Luego se lo llevaron, y no volvió a saber de él durante mucho tiempo—durante dos años. Hasta el día de hoy, ella no supo exactamente qué quisieron de él en aquel entonces. “Pero yo juraría”, dijo la anciana, emocionada, “que el señor Mendel no pudo haber hecho nada malo. Se equivocaron; en ese punto, estoy dispuesta a meter mi mano en el fuego. ¡Fue un crimen contra un pobre hombre inocente, un crimen!”

Y tenía razón, la buena y patética señora Sporschil. Nuestro amigo Jacob Mendel realmente no había hecho nada malo. Fue solo más tarde cuando

supe los detalles. Simplemente había perpetrado una loca, patética locura— algo que, incluso en aquellos tiempos de demencia, era improbable— para explicarse únicamente por su completa absorción, por el desprendimiento de su existencia única.

Esto es lo que sucedió. En la oficina del censor militar, cuya función era vigilar toda la correspondencia con países extranjeros, un día se interceptó una postal, escrita y firmada por cierto Jacob Mendel. Estaba debidamente estampada, pero— ¡increíble!— estaba dirigida a un país enemigo. En la postal, que se dirigía a Jean Labourdaire, Librero, Quai de Grenelle, París, ese Jacob Mendel se quejaba de no haber recibido los últimos ocho números del Bulletin bibliographique de la France, aunque la suscripción anual había sido pagada por adelantado. El suboficial de la oficina del censor, un soldado raso, un profesor de Gymnasium, que en la vida privada tenía gusto por las lenguas romances, pero que ahora se había visto metido en un abrigo militar azul, se quedó asombrado al recibir esa postal en sus manos. Un chiste estúpido, pensó. Entre las dos mil cartas que rebuscaba cada semana y examinaba a contraluz en busca de información dudosa y frases sospechosas, jamás se había topado con tal absurdidad. Pensar que alguien enviaría tan descuidadamente una carta desde Austria a Francia, que tan desenfadada y sencillamente mandaría una postal a un país enemigo, ¡como si esas fronteras no estuvieran repletas de alambre de púas desde 1914, y como si, cada día, Francia, Alemania, Austria y Rusia no redujeran la población masculina de los unos en unos pocos miles! Por ello, metió la postal en el cajón de su escritorio como una curiosidad, sin dar seguimiento a esa absurdidad con un informe. Pero, unas semanas más tarde, volvió a llegar otra postal de ese mismo Jacob Mendel, dirigida a John Aldridge, Librero, High Holborn, Londres, preguntando si podía conseguir los últimos números del Antiquarian. Nuevamente estaba firmada por el mismo extraño individuo, Jacob Mendel, quien, con conmovedora ingenuidad, añadía su dirección completa. Con el uniforme abotonado, el profesor de Gymnasium empezó a sentirse algo incómodo bajo su abrigo. ¿Acaso podría haber, después de todo, algún código misterioso oculto tras esa idiota broma? En cualquier caso, se levantó, chasqueó los talones y colocó ambas postales sobre la mesa frente al Mayor. El Mayor encogió ambos hombros: ¡un caso extraño! Luego aconsejó a la policía que averiguara si realmente existía algún Jacob Mendel. Una hora después, arrestaron a Jacob Mendel y, aún bastante aturdido de la sorpresa, lo llevaron ante el Mayor. Este último puso las enigmáticas postales

ante Mendel y le preguntó si admitía haberlas enviado. Excitado por el tono serio del oficial y, sobre todo, porque le habían interrumpido la lectura de un catálogo importante, Mendel exclamó, casi de forma grosera, que, por supuesto, había escrito esas postales. Que uno aún tenía derecho a reclamar un periódico por el que se había abonado la suscripción. El Mayor se giró en su silla hacia el Teniente de la mesa contigua. Se guiñaron un ojo con complicidad: “¡Un tonto de principio a fin!” Luego el Mayor consideró si simplemente reprender al simplón y echarlo, o si debía tomar el caso en serio. En tales dificultades desconcertantes, uno casi siempre decide levantar un protocolo. Un protocolo siempre está bien. Si no cumple ningún propósito, no hace daño; solo es una hoja de papel más sin sentido entre millones, cubierta de escritura. Pero en este caso, sin embargo, perjudicaba a un pobre hombre desprevenido, pues, en la tercera pregunta, salió a la luz algo ominoso. Primero, se le exigió su nombre: “Jacob, recte Jainkeff, Mendel.” Ocupación: “Vendedor” (es decir, no tenía licencia de librero, solo un permiso de vendedor ambulante). La tercera pregunta resultó desastrosa: ¿su lugar de nacimiento? Jacob Mendel mencionó un pequeño pueblo cerca de Petrikova. El Mayor arqueó las cejas. ¿Petrikova, no estaba eso en la Polonia rusa, cerca de la frontera? ¡Sospechoso! ¡Muy sospechoso! Ahora inquirió con mayor firmeza: ¿cuándo había adquirido Mendel la ciudadanía austriaca? Las gafas de Mendel se abrieron oscurecidas y, sorprendido, él no entendía del todo. “¡Al diablo!”, espetó el Mayor, “¿dónde están sus papeles y documentos?” Mendel respondió que no tenía otros papeles que su permiso de vendedor. El Mayor frunció el ceño cada vez más. ¿Y qué me dice de su ciudadanía? Que, por fin, se lo explicara. ¿Qué había sido su padre, austriaco o ruso? Serenamente, Mendel contestó: “Naturalmente ruso.” ¿Y él? Bueno, para no tener que hacer el servicio militar, se coló por la frontera rusa hace treinta y tres años y desde entonces había vivido en Viena. El Mayor se puso cada vez más agitado. ¿Cuándo había obtenido su ciudadanía austriaca? “¿Para qué?”, preguntó Mendel. ¡Jamás se había preocupado por esas cosas! ¿Entonces seguía siendo ciudadano ruso? Y Mendel, hastiado de tantas preguntas tediosas, respondió con indiferencia: “Pues sí, supongo.”

El Mayor, horrorizado, se echó hacia atrás tan violentamente que su silla chirrió. ¡Así que era eso! En medio de la Guerra, a finales de 1915, después de la gran ofensiva y la batalla en Tarnów, un ruso andaba por las calles de Viena sin ser molestado, escribía cartas a Francia e Inglaterra, ¡y a la policía no le importaba nada! Y bajo tales circunstancias, los tontos de las redac-

ciones se preguntaban por qué Conrad von Hötzenndorf no había llegado a Varsovia de inmediato. Y en tales circunstancias se asombraban aún en el cuartel general del Estado Mayor de que cada movimiento de las tropas se comunicara a Rusia por espías. El Teniente también se levantó y se puso de pie junto a la mesa; la conversación se transformó rápidamente en un interrogatorio. ¿Por qué Mendel no se registró de inmediato como extranjero? Mendel, aún desprevenido, dijo en su jerga judía cantarina: “¿Por qué tendría que haberme registrado yo de una vez?” En esa pregunta retorcida, el Mayor vio un desafío y preguntó amenazadoramente si Mendel no había visto las proclamas. “¡No!” ¿Quizá tampoco leía los periódicos? “¡No!”

Si Jacob hubiera caído en la oficina desde la luna, los dos oficiales no habrían podido mirarlo con mayor sorpresa mientras él se quedaba allí, ya comenzando a sudar copiosamente por su precaria situación. Luego sonó el teléfono, retumbaban las máquinas de escribir, los ordenanzas se apresuraban, y Jacob Mendel fue trasladado a la prisión militar, para ser enviado en el próximo transporte al campo de concentración. No entendía qué querían de él, pero no estaba especialmente inquieto. ¿Qué maldad, después de todo, podría tramar contra él aquel hombre de cuello dorado y voz tosca, en cuyo mundo tan etéreo de libros no había guerras, ni malentendidos, sino solo saber y el eterno deseo de un conocimiento aún mayor de números y palabras, de títulos y nombres de libros? Así que descendió de buen humor las escaleras, escoltado por dos soldados. Solo cuando, en la comisaría, le quitaron todos los libros de los bolsillos de su gabardina y le exigieron su cartera, en la que llevaba cien valiosos papeles y las direcciones de sus clientes, fue cuando empezó a forcejear y a delirar. Tuvieron que someterlo. Pero, desgraciadamente, en el forcejeo, sus gafas cayeron al suelo, y ese mágico telescopio que le permitía mirar en el mundo intelectual se hizo añicos en mil pedazos. Dos días después, vestido con su delgada gabardina de verano, fue trasladado a un campo de concentración de prisioneros civiles rusos cerca de Komorn.

¿Qué angustia de alma experimentó Jacob Mendel durante esos dos años en un campo de concentración, sin libros, sus amados libros—sin dinero, entre compañeros indiferentes, rudos y, en su mayoría, analfabetos, la deriva y los restos de la humanidad—lo que sufrió allí, separado de su mundo etéreo de libros—el único para él—como un águila con las alas recortadas, privada de su elemento inmaterial—del cual no queda testimonio alguno!

Pero poco a poco, el mundo, sobrio tras su locura, llegó a saber que, de todas las crueldades y crímenes de esa guerra, ninguno fue más irreflexivo, más superfluo, y por ello moralmente menos excusable, que ese redondeo y encierro tras alambre de púas de civiles inocentes, ajenos a la guerra. Habían vivido en un país extranjero como en sus tierras natales y, por su fe confiada en la sacralidad del derecho de asilo, respetado incluso entre los tungusos y los araucanos, no huyeron a tiempo. Fue un crimen contra la civilización, cometido con la misma irreflexión en Francia, Alemania e Inglaterra, en cada rincón de la tierra europea enloquecida. Y quizás Jacob Mendel se habría vuelto loco, como tantos otros inocentes, o podría haber muerto de disentería, de agotamiento o de algún trastorno mental, si un incidente, típicamente austríaco, no lo hubiera traído de nuevo a su propio mundo en el último instante. Tras su desaparición, llegaron carta tras carta de distinguidos clientes a su antigua dirección. El exgobernador de Estiria, el Conde Schönberg, un coleccionista fanático de obras sobre heráldica; el exdecano de la Facultad Teológica, Siegenfeld, que trabajaba en un comentario sobre San Agustín; el retirado almirante de la flota de ochenta años, el Barón von Lisek, que seguía corrigiendo sus Memorias— todos, sus fieles clientes, habían escrito repetidamente a Jacob Mendel en el Café Gluck. Algunas de esas cartas fueron remitidas al hombre olvidado en el campo de concentración. Allí cayeron en manos del Capitán, quien resultó ser un tipo bien dispuesto y que se asombró enormemente de los distinguidos conocidos que tenía ese medio ciego y raído judío. Como le habían roto las gafas— no tenía dinero para comprarle un nuevo par— siempre se quedaba encorvado en un rincón, gris, sin vista y mudo, como una topo. A quien tiene tales patrones, a pesar de las apariencias, debe ser alguien importante. Así que el Capitán permitió que Mendel respondiera a esas cartas y pidiera a sus clientes que intercedieran por él. No le fallaron. Con la apasionada solidaridad de todos los coleccionistas, Su Excelencia y el Decano comenzaron a tirar de influencias, y, bajo su garantía conjunta, al pobre viejo Mendel, tras más de dos años de confinamiento, se le permitió regresar a Viena en el año 1917— por supuesto, bajo la condición de que se presentara a la policía todos los días. No obstante, se le permitió volver al mundo libre, a su viejo, pequeño y sofocante ático. Una vez más pudo pasar junto a las exposiciones de libros que tanto amaba y, sobre todo, pudo regresar a su Café Gluck.

La querida señora Sporschil pudo contarme, por su propio recuerdo, el regreso de Mendel desde un infernal mundo inferior. “Un día— ¡Jesús, Ma-

ría, José! — ¡Creo que no me lo pude creer! La puerta se abre — ya sabes, de manera oblicua, apenas el ancho de una rendija — justo cuando él siempre entra, y ahí se tropieza en el café, ¡pobre viejo Mendel! Vestía un raído abrigo militar, lleno de parches, y algo en la cabeza, algo que en algún momento quizás fue un sombrero — uno que había sido sacado del montón de basura. No llevaba cuello y parecía la mismísima muerte; con su rostro gris y su cabello gris, y tan flaco que daba lástima. Pero entra, como si nada hubiera pasado. No pide nada, no dice nada, se acerca a la mesa y se quita el abrigo, pero no tan rápido ni tan ágil como solía hacerlo, y tuvo que jadear con dificultad al hacerlo. Y ya no llevaba consigo ningún libro, como solía hacerlo. Simplemente se sienta y no dice nada, pero sigue mirando al frente con ojos vacíos y saltones. Solo que, al cabo, cuando le trajimos el fajo de cartas y papeles que le habían llegado desde Alemania, volvió a leer. Pero ya no era el mismo.”

No, no era el mismo, ya no era el *miraculum mundi*, el registro mágico de todos los libros. Todos los que lo vieron entonces me contaron, con tristeza, la misma historia. Algo en su habitual semblante tranquilo y en la forma en que parecía leer, casi en trance, parecía irremediabilmente destruido. En su curso loco, el horrible cometa sangriento debió haberse estrellado contra una estrella solitaria y pacífica, la más brillante en su mundo de libros. Sus ojos, acostumbrados durante décadas a las delicadas, silenciosas y diminutas letras impresas, debieron haber visto algo espantoso en esa muchedumbre humana rodeada de alambre de púas. Sus párpados echaban una pesada sombra sobre sus pupilas, que en otro tiempo destellaban tan rápidamente e irónicamente; sus ojos, antes tan vivaces, brillaban débilmente, adormilados, con un halo rojo detrás de sus gafas reparadas, que habían sido unidas con fina cuerda. Y, aún más espantoso, en la fantástica arquitectura de su memoria, debió haberse desplomado alguna columna, y toda la estructura quedó confundida; pues tan delicado es este cerebro nuestro, este regulador de nuestro saber, tan finamente equilibrado que una pequeña vena obstruida, un nervio destrozado, una célula fatigada o una molécula desplazada bastan para romper la armonía compuesta de una mente. Y en la memoria de Mendel, ese único teclado de su conocimiento, las teclas se negaron a funcionar a su regreso. De vez en cuando, cuando alguien acudía a pedirle información, lo miraba, exhausto; y ya no comprendía del todo, malinterpretaba y olvidaba lo que se le decía. Mendel ya no era Mendel, así como el mundo ya no era el mundo. Ya no lo embargaba, al leer, una absorción

completa que lo mecía de un lado a otro, sino que, en general, se quedaba sentado mirando vacuamente, con las gafas puestas mecánicamente hacia el libro, y nadie podía decir si estaba leyendo o simplemente meditando en penumbra. A veces, según decía la señora Sporschil, su cabeza caía pesadamente sobre el libro y se dormía a plena luz del día. Luego, en otras ocasiones, se le veía mirando durante horas la extraña lámpara de acetileno de olor fétido que le habían puesto en la mesa durante el período de la escasez de carbón. No, Mendel ya no era Mendel, ya no era la maravilla del mundo, sino solo un atado de barba y ropas, respirando con pesadez, amontonados sin sentido en aquella otrora silla pitia; ya no era el renombre del Café Gluck, sino una vergüenza, una mancha, maloliente y desagradable a la vista, un insolente, superfluo chorlito.

Así le parecía al nuevo propietario, Florian Gartner, de Retz. Este último, habiéndose enriquecido como especulador de harina y mantequilla durante el año del hambre de 1919, había convencido al honesto Standhartner para deshacerse del Café Gluck por ochenta mil coronas de papel, que desaparecían rápidamente. Con su firme mano campesina, se puso rápidamente a transformar el venerable café en algo moderno; compró, en el momento oportuno, nuevos sillones a cambio de billetes sin valor, instaló una fachada de mármol y ya negociaba la anexión de la tienda contigua para convertirla en un salón de baile. Durante esas rápidas mejoras, por supuesto, se vio muy incomodado por ese chorlito gallego, que pasaba todo el día, de la mañana a la noche, ocupando una mesa solo para él y, además, tomaba solamente dos tazas de café y consumía apenas cinco bollos. Por supuesto, Standhartner había comprometido especialmente a su viejo invitado a Gartner y había intentado explicar lo significativo e importante que era ese Jacob Mendel. Es decir, en el traspaso del inventario, lo había anotado como una carga que entorpecía el establecimiento. Pero, además del nuevo mobiliario y la brillante caja registradora de aluminio, Florian Gartner se había armado con la conciencia sin escrúpulos de los días de lucro desmedido y solo esperaba el pretexto para echar de una vez por todas ese último vestigio de la ruindad suburbana del café, que ya se había vuelto elegante. Pronto se presentó una buena excusa, pues Jacob Mendel se encontraba en una situación lamentable. Los últimos billetes que había acumulado quedaron pulverizados en el molino de papel de la inflación y sus clientes se habían dispersado. El hombre fatigado ya no tenía fuerzas para juntar libros y subir escaleras de nuevo como vendedor ambulante. De entre cientos de pequeñas

señales se notaba que lo iba mal. Ahora era muy raro que le trajeran algo del restaurante y se demoraba cada vez más en saldar su pequeña cuenta de café y bollos—en una ocasión se extendió por tres semanas. Aun así, el jefe de sala quería echarlo. Pero la buena señora Sporschil, la mujer del vestuario, se apiadó y garantizó su cuenta.

Durante el mes siguiente se produjo la catástrofe. Al revisar las facturas de los productos de panadería, el nuevo jefe de sala había notado en varias ocasiones que no cuadraban. Cada vez parecían faltar más de los bollos que se facturaban y pagaban. Su sospecha, por supuesto, recaía inmediatamente en Jacob Mendel; pues en diversas ocasiones el tambaleante portero municipal se le había acercado reclamándole que Mendel le debía dinero desde hacía seis meses, y que no podía sacarle ni un centavo. Así que ahora el jefe de sala lo observaba especialmente, y dos días después, escondido tras la estufa, logró pillar a Jacob Mendel mientras se levantaba furtivamente de su mesa, se dirigía a la otra sala y, apresuradamente, tomó dos bollos de la cesta de pan, que se los metió vorazmente en la boca. Al pagar, el viejo afirmaba que no había comido ninguno. Así se explicó el misterio de los bollos desaparecidos. El camarero informó inmediatamente del incidente al señor Gartner, y éste, contento por el pretexto largamente esperado, le espetó delante de toda la gente, lo acusó de robo y se mostró magnánimo al no llamar de inmediato a la policía. Luego le ordenó que se marchara de una vez por todas, ¡y que se le dieran a la fregada! Jacob Mendel solo tembló. No dijo nada, pero se levantó pesadamente y salió.

“¡Qué lástima!”, dijo la señora Sporschil al relatar su partida. “Nunca olvidaré—cómo se levantó—con las gafas empujadas sobre su frente, tan blanca como una sábana. No se había tomado el tiempo de ponerse el abrigo, aunque era enero y ya sabes, por supuesto, qué año tan frío estaba. Y en su prisa, dejó su libro sobre la mesa. Yo no lo noté hasta más tarde y quise llevárselo, pero él ya se había tropezado con la puerta y yo no me habría atrevido a salir a la calle, porque el señor Gartner se plantó en la puerta y gritó tras de él tan fuerte que la gente se detuvo y salió corriendo en multitud. ¡Sí, qué vergüenza! Me avergoncé hasta lo más hondo de mi alma. ¡Una cosa así no podría haber pasado cuando estuviera el viejo señor Standhartner—que a uno lo echaran al frío por tomar unos cuantos bollos! En tiempos del señor Standhartner, el viejo habría podido comer de por vida sin pagar, pero la gente de hoy, ¡ay, no tienen corazón! Echar a un hombre que

se había sentado en el mismo sitio día tras día, durante más de treinta años — ¡realmente fue una vergüenza, y yo no me gustaría tener que rendir cuentas ante el Señor — ¡a mí no!”

La buena mujer se había emocionado muchísimo y, con la parloteo apasionado de la vejez, repetía una y otra vez sus comentarios acerca de lo vergonzoso que era y del señor Standhartner, que no habría sido capaz de algo así. Finalmente, tuve que recordarle que me contara qué fue de nuestro Mendel, y si es que lo había vuelto a ver alguna vez. Se recompuso, pero se excitó aún más. “Cada día, cuando pasaba por su mesa, cada vez, créame, me daba un sobresalto. Siempre me hacía pensar: ¿dónde estará ahora, pobre señor Mendel? Y si supiera dónde vive, habría ido a verlo con algo caliente para comer, porque, ¿de dónde iba a sacar dinero para el carbón y la comida? Y, hasta donde yo sé, no tenía parientes en ningún sitio. Pero, al final, cuando no oí nada, y seguía sin saber nada de él, empecé a pensar que todo había terminado con él, y que nunca más lo volvería a ver. Y hasta me pregunté si no habría de hacer misa por él, ¡pues era un buen hombre, y nos conocíamos — más de veinticinco años!”

“Pero una mañana, en febrero, a las ocho y media, justo cuando yo estaba puliendo las varillas de bronce de las ventanas, de repente — ¡Dios mío, casi me caigo muerto! — se abre la puerta de golpe y Mendel entra. Por supuesto, ya sabes que siempre solía entrar de lado, desconcertado, pero esta vez fue de una manera diferente. Noté enseguida que caminaba de un lado a otro, que sus ojos brillaban. ¡Mein Gott, cómo se veía, todo hueso y barba! Verlo en ese estado me hizo sospechar que no prestaba atención a nada a su alrededor, que andaba a plena luz del día como un sonámbulo. Se había olvidado de todo, de los bollos, del señor Gartner y de lo vergonzosamente que lo habían echado. ¡No sabe lo que hace, gracias a Dios! El señor Gartner aún no había entrado y el jefe de sala apenas estaba tomando su café. Entonces, en ese momento, corrí hacia él para explicarle que no debía quedarse, que lo echarían de nuevo, ¡ese rufian!

En ese instante, lo llamé “señor Mendel”. Él me miró fijamente. Y entonces, en ese preciso instante, ¡mein Gott, fue terrible — en ese momento debió haber recordado todo, pues se echó para atrás y empezó a temblar. Se notaba que no solo sus dedos, sino todo su cuerpo, incluso sus hombros, se estremecían, y rápidamente se tambaleó hasta la puerta. Allí se desplomó. Inmediatamente llamamos a la ambulancia de emergencia, que se lo llevó, en

un estado febril, tal como estaba. Por la tarde, murió de una neumonía galopante, dijo el médico, añadiendo que no estaba del todo consciente cuando llegó a nosotros, sino que solo era arrastrado como un sonámbulo. ¡Mein Gott, cuando te sientas en el mismo sitio durante treinta y seis años, día tras día, es que en verdad esa mesa se vuelve tu hogar!”

Hablamos de él largamente, nosotros los dos últimos que conocimos a ese extraño hombre—yo, a quien, siendo aún joven, él, a pesar de su existencia microscópicamente insignificante, le había dado la primera noción de una vida completamente inmersa en el intelecto; y ella, la pobre y fatigada mujer del vestuario, que nunca había leído un libro, pero se había encariñado con ese compañero de su pobre mundo inferior, solo porque le había cepillado la gabardina y cosido sus botones durante veinticinco años. Y, sin embargo, nos entendíamos de maravilla, sentados en su vieja y abandonada mesa, en comunión con la sombra que habíamos evocado, pues el recuerdo siempre une, y doblemente, cada remembranza en el amor. De pronto, en medio de su parloteo, recordó algo y exclamó: “¡Dios mío, qué olvidadiza soy! ¡Todavía tengo el libro, el que él dejó sobre la mesa! ¿A dónde pude habérselo llevado? Y luego, como nadie lo reclamó, pensé después que podría conservarlo como recuerdo. ¿No hay nada de malo en eso, verdad?” Rápidamente, lo trajo desde su rincón. Con dificultad contuve una pequeña sonrisa; pues el destino, siempre juguetón y a veces irónico, le gusta mezclar lo cómico con lo trágico. Se trataba del segundo volumen de la Bibliotheca Germanorum erotica et curiosa de Hayns, el compendio de literatura amorosa tan conocido por todo coleccionista de libros. Curiosamente, ese raído catálogo había caído como el último legado del difunto mago en aquellas cansadas, agrietadas y analfabetas manos, que jamás habían sostenido ningún libro que no fuera un libro de oraciones. Habent sua fata libelli. Con dificultad pude reprimir la sonrisa que, de forma involuntaria, asomó desde mi interior, una vacilación momentánea que confundió a la buena mujer. ¿Acaso era, después de todo, algo valioso, y creíste que podrías conservarlo?

Con afecto estreché su mano. “Puedes quedártelo sin miedo. A nuestro viejo amigo Mendel le habría alegrado que, al menos, uno de los muchos miles que le deben un libro aún lo recuerde.”

Y entonces me sentí avergonzado ante esta honesta anciana que se había mantenido fiel de manera sencilla y a la vez tan humana al difunto. Porque

ella, aunque analfabeta, había conservado al menos un libro con el que recordarlo mejor; mientras que yo — yo había olvidado a “Buch-Mendel” durante años — yo, de todas las personas, que debería haber sabido que se crean libros únicamente para unirse con otros seres humanos tras haberse ido, y así defenderse de los inexorables enemigos de toda vida: la transitoriedad y el olvido.

# LA COLECCIÓN INVISIBLE; UN EPISODIO DEL PERIODO INFLACIONARIO DE LA POSTGUERRA

A dos estaciones de Dresde, un caballero de edad avanzada entró en nuestro compartimento, nos saludó cortésmente y luego, mirándome, me asintió de nuevo, especialmente como a un conocido. Al principio no pude recordarlo, pero tan pronto como me dio su nombre, con una leve sonrisa, supe de inmediato quién era: uno de los marchantes de arte y anticuario más reconocidos de Berlín, en cuya tienda, antes de la guerra, había examinado y comprado frecuentemente libros viejos y autógrafos. Al principio hablamos de cosas sin importancia. De repente, sin transición, dijo:

—Debo contarle adónde acabo de ir. Porque la experiencia que he tenido es, sin duda, la más extraña que yo, un viejo comerciante de arte, he vivido en mis treinta y siete años de negocio. Probablemente usted mismo sepa cómo anda el comercio del arte hoy en día, ya que el valor del dinero se ha evaporado como gas. Los recién enriquecidos han descubierto de repente su interés por las Madonnas góticas y los incunables, por las viejas xilografías y pinturas. No se puede conseguir lo suficiente para ellos. Hasta hay que cuidar de que no vacíen por completo su casa y su cuarto. Si pudieran, les gustaría comprar hasta los puños de su camisa y la lámpara de su escritorio. Por consiguiente, se hace cada vez más difícil reponer la mercancía. Perdóneme por llamar, sin pensar, a estas cosas, que antaño eran veneradas por nuestra clase, ‘mercancía’ —pero estas terribles personas han acostumbrado

a considerar un maravilloso libro veneciano del siglo XV como el equivalente a cierta cantidad de dólares, y un dibujo de Guercino como la reencarnación de unos cuantos mil billetes francos. Frente a la insistente exigencia de estos compradores, de repente tan ansiosos, ninguna resistencia resulta eficaz. Como consecuencia, me quedé completamente sin existencias de un día para otro y me hubiera gustado cerrar la tienda. Me avergonzaba tanto ver en nuestro viejo negocio, que mi padre había heredado de mi abuelo, nada más que miserable basura, que en tiempos pasados ningún vendedor ambulante del norte de Alemania habría puesto en su carrito.

—En esta difícil situación se me ocurrió revisar nuestros antiguos libros de cuentas, buscar entre viejos clientes a aquellos de quienes quizás pudiera recuperar algunos de sus duplicados. Tal lista de antiguos clientes es siempre una especie de morgue, especialmente en estos tiempos, y realmente no me revelaba nada nuevo. La mayoría de nuestros antiguos clientes hacía mucho tiempo que se habían visto obligados a vender sus posesiones en subasta, o habían muerto, y de los pocos que permanecían, no se esperaba nada. Pero entonces, de repente, encontré todo un fajo de cartas de, quizá, nuestro cliente más antiguo, a quien solo había olvidado por no pensar en él, ya que, desde el comienzo de la Guerra Mundial, desde 1914, no nos había dirigido ni una orden ni una consulta. Extrañamente, la correspondencia se remontaba a casi sesenta años. Había comprado incluso a mi padre y a mi abuelo, y sin embargo yo no recordaba que alguna vez hubiera entrado en nuestra tienda en los treinta y siete años de mi relación con el negocio. Y todo apuntaba a que debía ser una persona extraña, anticuada, excéntrica, uno de esos olvidados alemanes a lo Menzel o Spitzweg que, como raros especímenes, han sobrevivido hasta el día de hoy en pequeñas ciudades provinciales. Sus cartas manuscritas eran como planchas de cobre, bellamente escritas, con las cantidades subrayadas con regla y tinta roja. Además, siempre repetía las cifras, para asegurarse de evitar errores. Esto, así como el uso exclusivo de hojas sueltas en blanco y sobres económicos, evidenciaba la mezquindad y la fanática economía de un provinciano sin esperanza. Es más, los extraños documentos siempre llevaban su firma y el torpe título: Consejero Jubilado de Silvicultura y Agricultura, Teniente Jubilado, condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase. Como veterano de la guerra de 1870, debe tener al menos ochenta años, si es que aún vive. Pero este excéntrico, ridículo tacaño, mostró como coleccionista de las artes gráficas antiguas una prudencia, un conocimiento y un gusto excelente bastante

inusuales. Mientras preparaba sus pedidos, uno a uno, que abarcaban casi sesenta años, de los cuales el primero aún se facturaba en Silbergröschén, me percaté de que, en la época en que aún era posible comprar una gran cantidad de las xilografías más hermosas por unas pocas marcas, este pequeño provincial había reunido discretamente una colección de grabados que probablemente podría compararse, de manera muy honorable, con las tan publicitadas de los recién enriquecidos. Pues incluso lo que había comprado de nosotros, en pequeñas cantidades, en marcas y pfennigs, a lo largo de medio siglo, representaría hoy un valor asombroso, y además era probable que hubiera comprado a subastas y a otros marchantes en condiciones igualmente ventajosas. Desde 1914 no había llegado ningún pedido nuevo de él; pero, por otro lado, yo conocía tan bien todos los acontecimientos del comercio del arte, que la subasta o venta de toda la colección de semejante tamaño no podría haber pasado desapercibida para mí. Por ello, era probable que este hombre extraño aún estuviera vivo, o bien que la colección estuviera en manos de sus herederos.

—Me interesó tanto el asunto que tomé el tren inmediatamente al día siguiente, es decir, anoche, directo a uno de los pueblos más inverosímiles de Sajonia. Mientras paseaba desde el pequeño depósito por la calle principal, me pareció casi increíble que allí, en medio de esas casas triviales y sin distinción, con sus tonterías de clase media, en cualquiera de esos cuartos viviera un hombre que pudiera poseer lo mejor de las xilografías de Rembrandt, además de series notablemente completas de grabados de Dürer y otros. Me asomé cuando en la oficina de correos me dijeron, en respuesta a mi pregunta sobre si vivía allí un Consejero de Silvicultura y Agricultura, que el anciano, de hecho, seguía vivo. Fui a verlo esa misma mañana—no sin cierto nerviosismo, debo admitir.

No hubo dificultad para encontrar su apartamento. Estaba en el segundo piso de una de esas casas económicas y provinciales que algún albañil-arquitecto especulador había levantado apresuradamente en la década de los ochenta. En la planta baja vivía un honesto sastre-comerciante; en el segundo, a la izquierda, relucía la placa con el nombre del jefe de correos; a la derecha, una placa de porcelana blanca con el nombre del Consejero de Silvicultura y Agricultura. Toqué el timbre con cierta vacilación. Inmediatamente, la puerta fue abierta por una anciana de cabello blanco, con un elegante gorro negro sobre la cabeza. Le entregué mi tarjeta y le pregunté si el

Consejero de Silvicultura estaba en casa. Asombrada, y con cierta desconfianza, me miró primero a mí y luego a la tarjeta. En ese pueblo apartado, en esa casa anticuada, un visitante del exterior parecía ser algo fuera de lo común. Pero me indicó amablemente que esperara, tomó la tarjeta y entró en el cuarto. Primero oí un murmullo bajo y luego, de repente, una voz masculina, fuerte y bulliciosa: “¡Oh, señor R—, de Berlín, el gran anticuario! ¡Déjenlo pasar! ¡Déjenlo pasar! ¡Me alegra mucho conocerlo!” Y luego la querida anciana volvió tambaleándose e invitó a entrar al salón.

—Me quité los abrigos y entré. En medio de aquel modesto cuarto se erguía un hombre anciano, aunque aún robusto, con un espeso bigote, vestido con una bata semi-militar trenzada, que cordialmente me tendió ambas manos. Pero, a pesar de este gesto amistoso de evidente y espontánea alegría, había en la forma en que estaba parado una extraña rigidez. No dio ni un paso para recibirme, y tuve que acercarme yo, algo desconcertado, para asirle las manos. Y cuando estaba a punto de tomarlas, noté, por la posición horizontal e inmóvil de esas manos, que no buscaban las mías, sino que las esperaban. Y en el siguiente instante lo comprendí todo. ¡El anciano era ciego!

Desde mi infancia siempre me había sentido incómodo en presencia de personas ciegas. Nunca podía evitar sentirme avergonzado y algo desconcertado al darme cuenta de que un hombre estaba completamente vivo y, sin embargo, al mismo tiempo, sabía que él no me percibía de la misma manera en que yo lo percibía a él. Y además, primero tuve que superar el sobresalto de ver aquellos ojos muertos bajo las cejas espesas, blancas y pobladas, fijos de manera rígida en el vacío. Pero el ciego no me dejó mucho tiempo para tal vergüenza, pues en cuanto mi mano tocó la suya, él la estrechó con mucho entusiasmo y renovó el saludo de modo impetuoso y alegremente bullicioso. — ¡Una visita poco frecuente! — dijo, riendo con ganas—. “De verdad, es un milagro que, de vez en cuando, uno de esos grandes hombres de Berlín encuentre el camino hasta nuestro pequeño pueblo. Pero hay que tener cuidado cuando uno de ustedes, marchantes, toma el tren para venir aquí. En mi casa se solía decir: ‘Cierren sus puertas y sus bolsillos cuando lleguen los gitanos.’ Sí, puedo imaginar para qué viene. Los negocios están mal ahora en nuestra pobre y empobrecida Alemania. No hay compradores y, por ello, los caballeros vuelven a pensar en sus viejos clientes y buscan las ovejas perdidas. Pero me temo que con migo usted no tendrá mucha

suerte. Nosotros, los pobres jubilados, nos alegramos si tenemos hasta el trozo de pan en la mesa. Ya no podemos competir en la carrera, con los precios locos que piden hoy en día. La gente de nuestra clase se desvía para siempre.”

—Inmediatamente le aclaré que me había entendido mal, que no había venido a venderle nada, sino que simplemente había estado por la zona y no quería perder la oportunidad de rendirle homenaje como viejo cliente de nuestra firma y como uno de los más grandes coleccionistas de Alemania. Apenas pronuncié las palabras “uno de los más grandes coleccionistas de Alemania” cuando en la faz del anciano se produjo un cambio extraño. Seguía erguido y rígido en medio del cuarto, pero ahora se dibujaba en su semblante una expresión de repentino brillo y orgullo interior, y se volvió en la dirección en la que suponía que estaba su esposa, como si dijera: “¿Oyes eso?” Y su voz, llena de alegría, sin la menor pizca de aquel áspero tono militar con el que había gustado hablar momentos antes, sino suavemente, casi con ternura, se volvió hacia mí: “Eso es realmente muy amable de su parte, pero tampoco ha venido en vano. Verá algo que no se ve todos los días, ni siquiera en su elegante Berlín— algunos ejemplares más bellos que cualquiera de los que se pueden encontrar en la Albertina o en París, ¡maldita sea! Bueno, cuando se colecciona durante sesenta años se consiguen de todo, cosas que no se hallan en las calles. Louise, por favor, tráigame la llave del armario.”

Y entonces sucedió algo inesperado. La querida anciana, que estaba a su lado y había participado educadamente en nuestra conversación, levantó repentinamente ambas manos hacia mí, implorantes, y al mismo tiempo hizo un decidido movimiento negativo con la cabeza, un gesto que al principio no comprendí. Luego se acercó a su marido y le puso suavemente ambas manos sobre los hombros. “Pero, Herwarth,” dijo con tono de advertencia, “no le pregunte al caballero si tiene tiempo de ver la colección ahora. Ya casi es mediodía, ya sabe, y después de la cena debe descansar una hora. El médico lo ha insistido. ¿No sería mejor que le mostrara a usted todas esas cosas después de la cena? Luego podremos tomar café juntos. Además, Anna Marie estará aquí. Ella entiende mucho mejor y podrá ayudarle.” Y apenas terminó esas palabras, repitió, como frente al hombre desprevenido, ese gesto implorante y exhortador que ahora comprendí. Me di cuenta de que ella quería que yo declinara una inspección inmediata, y yo improvisé

una cita para la cena. Dije que sería un placer y un honor para mí poder ver su colección, pero que apenas sería posible antes de las tres en punto, mas que entonces acudiría con mucho gusto.

Molesto, como un niño al que le han quitado su juguete favorito, el anciano se dio vuelta. —“Por supuesto,” refunfuñó, “estos caballeros de Berlín nunca tienen tiempo, pero en esta ocasión tendrá que tomarse su tiempo, pues no se trata de tres o cinco piezas. Se trata de una colección de veintisiete portafolios, uno por cada artista, y ninguno de ellos medio vacío. Pues bien, a las tres en punto, pero que sea puntual; de lo contrario, no avanzaremos.”

Una vez más extendió su mano hacia mí en el aire. —“Mire,” dijo, “puede alegrarse o enojarse, y cuanto más se enoje, más contento estaré yo. Así somos los coleccionistas: todo para nosotros y nada para los demás.” Y nuevamente estrechó mi mano con vigor.

La ancianita me acompañó hasta la puerta. Durante todo el tiempo noté en ella una especie de inquietud y una expresión de tímida vergüenza. De repente, cerca de la entrada, tartamudeó con voz bastante apagada: “¿Podrá —podrá mi hija Anna Marie venir a buscarlo antes de que usted llegue a nuestra casa? Es mejor, por varias razones. Supongo que usted cena en el hotel.”

—“Ciertamente, me complacería, y será un honor para mí,” respondí.

Y, en efecto, una hora después, cuando acababa de terminar mi cena en el pequeño comedor del hotel en la plaza del mercado, una solterona de edad avanzada, vestida muy modestamente, entró en el cuarto y miró a su alrededor. Me acerqué a ella, me presenté y dije que estaba listo para acompañarla de inmediato a ver la colección; pero de pronto ella se sonrojó y me preguntó, con la misma confusión avergonzada que había mostrado su madre, si no podría decirme unas palabras primero. Y vi enseguida que se le hacía difícil. Cada vez que intentaba recomponerse y hablar, un rubor rojo y avergonzado le cubría toda la cara, y su mano jugaba nerviosamente con su vestido. Finalmente, comenzó a tartamudear, repitiéndose una y otra vez:

—“Mamá me ha enviado a usted—me ha enviado a usted—me ha contado todo y... queremos pedirle un gran favor, es decir, nos gustaría informarle antes de que usted venga a ver a papá—por supuesto, papá querrá mos-

trarle la colección—y la colección—la colección ya no está del todo completa, faltan varias piezas—de hecho, bastantes...”

Tuvo que detenerse para tomar aliento. Luego, de repente, me miró apresuradamente y dijo: “Debo hablarle con total franqueza. Usted sabe que estos tiempos son duros. Comprenderá todo. Después del comienzo de la Guerra, papá quedó completamente ciego. Incluso antes de ese tiempo, su vista ya estaba algo deteriorada y la excitación se la robó por completo. Usted sabe que, a pesar de sus setenta y seis años, aún quiso alistarse en el ejército en Francia y, cuando el ejército no avanzó de inmediato, como ocurrió en 1870, se excitó terriblemente, y a partir de entonces su vista se deterioró muy rápidamente. Por lo demás, sigue siendo un hombre bastante robusto. Hasta hace poco, podía caminar durante horas, incluso seguir su deporte favorito, la caza. Pero ahora sus paseos han terminado, y su colección es su única alegría. La revisa todos los días. Por supuesto, en realidad no la ve. Usted sabe que ya no ve nada. Pero cada tarde saca todos sus portafolios para, al menos, manipular los grabados, uno tras otro, siempre en el mismo orden que ha memorizado durante décadas. Ya no le interesa nada más y yo debo leerle del periódico sobre todas las ventas en subasta, y cuanto más altos sean los precios que escuche, más feliz se pondrá—porque eso es, realmente, lo más terrible: que papá ya no entiende los precios ni nuestros tiempos. No sabe que lo hemos perdido todo y que es imposible vivir de su pensión por más de dos días al mes. Además, el marido de mi hermana fue asesinado en la Guerra y ella se quedó sola con cuatro niños pequeños. Pero papá no sabe nada en absoluto de nuestras dificultades económicas. Al principio ahorramos, ahorramos aún más que antes, pero eso no fue suficiente. Luego empezamos a vender—por supuesto, no tocamos su querida colección. Vendimos las pequeñas joyas que teníamos, pero ciertamente no fue mucho, pues durante sesenta años papá había gastado en nada más que en sus grabados cada céntimo que pudiéramos ahorrar. Y un día ya no quedó nada. No supimos qué hacer. Y entonces—entonces—mamá y yo vendimos un grabado. Papá jamás lo habría permitido. No sabe lo mal que estamos. No sabe lo difícil que es conseguir algo de comida por el comercio ilícito. Tampoco sabe que perdimos la Guerra y que Alsacia-Lorena fue cedida a Francia. Ya no le leemos tales cosas del periódico, para que no se emocione.

—“La primera pieza que vendimos fue un ejemplar muy valioso, una xilografía de Rembrandt. El marchante nos ofreció muchos miles de marcas

por ella y con eso esperábamos estar libres de preocupaciones por años. Pero ya sabe cómo se derrite el dinero. Habíamos depositado el saldo en el banco, pero tras dos meses, se había ido todo. Así que tuvimos que vender otro ejemplar, y luego otro, y el marchante siempre enviaba el dinero tan tarde que ya había perdido su valor al llegar. Luego intentamos con subastas y allí también nos estafaron, a pesar de los millones que nos pagaban. Antes de que los millones nos alcanzaran, siempre eran nada más que piezas de papel sin valor. De este modo, poco a poco, la mejor parte de su colección se fue reduciendo, salvo unas pocas buenas piezas, apenas suficientes para pagar lo mínimo indispensable, y papá no se entera de nada. Por eso, mi madre se asustó tanto cuando usted vino hoy. Porque si él abre sus portafolios ante usted, se traicionará todo. En los viejos portafolios, cada uno de los cuales él conoce de memoria al tacto, hemos puesto facsímiles en lugar de los ejemplares vendidos, para que no se dé cuenta al manipularlos. Y si él solo puede tocarlos y contarlos (recuerda el orden al dedillo), obtiene exactamente el mismo placer que antes, cuando los veía con sus ojos abiertos. No hay nadie en este pequeño pueblo a quien papá consideraría digno de mostrarle sus tesoros. Y ama cada copia con tal amor fanático que creo que su corazón se rompería si supiera que todo lo que tanto tiempo ha desaparecido de bajo su mano. Desde que murió el antiguo curador del Departamento de Grabados de Dresde, usted es el primero en todos estos años a quien él se ha ofrecido a mostrarle sus portafolios. Por ello, permítame preguntarle—”

Y de repente, la anciana solterona, con sus manos temblorosas, levantó las manos y las lágrimas se le asomaron a los ojos.

—“—Le ruego, ¡no lo haga infeliz! ¡No nos haga infelices! ¡No destruyan su última ilusión! ¡Ayúdenos a hacerle creer que todos estos ejemplares, que él le describirá, aún están allí! ¡Él no sobreviviría si siquiera lo sospechara! Tal vez le hayamos hecho un mal, pero no pudimos hacer otra cosa. ¿Acaso no tuvimos que vivir? Y las vidas humanas, como las de los cuatro niños huérfanos de mi hermana, son, al fin y al cabo, más importantes que las hojas impresas. Y hasta hoy, no le hemos privado de ningún placer. Se alegra de poder repasar sus portafolios, cada tarde, durante tres horas, y hablar con cada ejemplar como si le hablara a un ser humano. Y hoy podría ser su día más feliz, pues ha esperado años para tener la oportunidad de

mostrar sus grabados favoritos a un conocedor. Por favor, se lo ruego con las manos alzadas, ¡no le quiten esta alegría!”

Todo esto se dijo de manera tan patética que mi relato, por supuesto, no le hace justicia. Dios sabe que nosotros, los marchantes, hemos visto a muchos de esos hombres y mujeres que han sido cruelmente despojados, implacablemente estafados por la inflación, a quienes les han hurtado, por una miseria, lo más preciado de sus bienes familiares, de siglos de antigüedad. Pero aquí el destino quiso una situación especial que me conmovió profundamente. Por supuesto, le prometí a ella guardar silencio y hacer lo que pudiera.

Fuimos juntos a la casa. En el camino, con cierto rencor, me enteré de las ridículas cantidades con que habían estafado a estas pobres e ignorantes mujeres; pero eso solo fortaleció mi resolución de ayudarlas en su extrema situación. Subimos, y en cuanto abrimos la puerta, se oyó desde dentro del cuarto la alegre y bulliciosa voz del anciano: “¡Entre! ¡Entre!” Con la aguda audición de un ciego, debió reconocer nuestros pasos en las escaleras.

—“Herwarth no ha podido dormir hoy; está tan impaciente por mostrarle sus tesoros”, dijo la pequeña anciana, sonriendo. Una sola mirada de su hija ya la había tranquilizado respecto a mi presencia. Todos los montones de portafolios estaban extendidos sobre la mesa, y tan pronto como el hombre ciego sintió mi mano, se aferró a mi brazo sin más formalidad y me empujó a un sillón.

—“Muy bien, comencemos enseguida. Hay mucho que ver y los caballeros de Berlín nunca tienen tiempo. Este primer portafolio aquí es del Maestro Dürer y, como verá, está bastante completo, y, además, ¡una copia más bella que la otra! Pues bien, ya lo verá. ¡Mire aquí!” Abrió a la primera hoja del portafolio. “¡El gran caballo!”

Y entonces, tomó del portafolios, con ese mismo cuidado tierno que se tiene al tocar cosas frágiles, con puntas de los dedos extremadamente cautelosas y sumamente consideradas, un passepartout en el que estaba enmarcada una hoja amarilla totalmente en blanco, y sostuvo ese trozo de papel sin valor frente a él, lleno de entusiasmo. Lo miró durante minutos, sin verlo realmente, pero sostuvo la hoja en blanco con la mano extendida de forma extasiada a la altura de los ojos. Toda su faz expresaba de modo mágico la extraña actitud de un observador perspicaz. Y en sus ojos, fijos con sus pu-

pilas muertas, de repente vi—¿era un reflejo del papel o un destello interno? —un brillo espejado, una luz conocedora.

—“Pues bien,” dijo con orgullo, “¿alguna vez ha visto una copia más hermosa? ¡Qué nítido, qué claramente cada detalle se destaca en relieve allí! He comparado esta copia con la de Dresde, pero aquella tiene un aspecto plano y apagado en comparación. ¡Y además, la estirpe! ¡Mire allá!” —y giró la hoja, señalando con la uña hacia un lugar en la parte trasera de la hoja en blanco, de modo que tuve que mirar involuntariamente para ver si en realidad no estaban las marcas—. “Ahí tiene el sello de la colección Nagler. Aquí están los de Rémy y Esdaille. Jamás habrían pensado, esos ilustres antiguos propietarios, que su copia acabaría en esta pequeña sala.”

Un escalofrío recorrió mi columna al ver al desprevenido hombre elogiar con tanto entusiasmo una hoja totalmente en blanco. Y fue espantoso ver cómo señalaba con la uña, con minuciosa exactitud, los signos de los coleccionistas invisibles que ya no existían, salvo en su imaginación. Me sentí asfixiado de horror. No supe qué responder. Pero al alzar la vista, confundido, hacia las dos mujeres, volví a ver las manos de la anciana, temblorosa y excitada, alzadas de forma implorante. Entonces recobré mi compostura y comencé a cumplir mi papel.

—“¡Increíble!” logré tartamudear finalmente. “¡Una copia maravillosa!” Y enseguida toda su faz comenzó a brillar de orgullo. —“Pero eso no es nada,” dijo triunfalmente, “debe ver la Melancolía, o la Pasión, un ejemplar coloreado que difícilmente se encuentra en el mismo estado en otro lugar. ¡Mire aquí!” —y de nuevo sus dedos se movieron tiernamente sobre una imagen imaginaria— “¡Esta frescura, este tono áspero y cálido! Berlín, con todos sus marchantes de arte y profesores de museo, se volvería loco por esto.”

Y de esa manera continuó el triunfal discurso incesante durante dos horas completas. No, no puedo describirle lo espantoso que fue, ver con él estos uno o dos cientos de retazos en blanco o pobres reproducciones que, para la memoria de este trágicamente desprevenido hombre, eran tan increíblemente reales que elogió y describió cada uno de ellos con los detalles más precisos, sin error, en perfecto orden. La colección invisible, que hace mucho debió haberse dispersado por todo el mundo, aún existía intacta para este hombre ciego, tan patéticamente engañado, y la pasión de su visión era tan

dominante que casi empecé a creer en ella también. Solo una vez la segura apariencia sonámbula de su entusiasmo al examinar fue terriblemente interrumpida por el peligro de un despertar. Al mirar un Antiope (una copia de prueba que, en efecto, debió tener un valor inconmensurable) volvió a elogiar la nitidez del grabado y, al mismo tiempo, su sensible dedo nervioso siguió con cariño las líneas de la impresión, pero sin que los refinados nervios táctiles hallaran esa depresión familiar en la hoja completamente diferente. Luego, de repente, pareció deslizarse una sombra sobre su frente; su voz se volvió confusa. —“¿No es eso—el Antiope?” murmuró, un poco avergonzado. En ese momento, me sobresalté, tomé apresuradamente la hoja montada de sus manos y describí entusiastamente el grabado, con el que yo también estaba familiarizado, en todos los detalles posibles. Entonces, el rostro del hombre ciego perdió su tensión y su expresión de bochorno, y cuanto más yo elogiaba, más brotaba de él una cordial jovialidad, una calidez afable en ese robusto hombre anticuado. —“¡Aquí, al fin, hay alguien que sabe algo al respecto!” dijo con alegría, volviéndose triunfalmente hacia su familia. “¡Al fin, alguien de quien también se oye cuánto valen estos grabados! Usted, siempre lleno de desconfianza, me ha regañado porque he invertido todo mi dinero en mi colección. Es cierto que durante sesenta años no hubo cerveza, ni vino, ni tabaco, ni viajes, ni teatro, ni libros para mí, nada más que ahorrar y ahorrar para estos grabados. Pero algún día verá, cuando yo ya no esté. Entonces usted será rico, más rico que cualquiera en el pueblo, y tan rico como la gente más adinerada de Dresde. Entonces, al fin, se alegrará de mi locura. ¡Pero mientras yo viva, ni un solo grabado saldrá de la casa! Primero, deberán cargarme, y luego, mi colección.”

Y con eso, acarició tiernamente los portafolios, ya largamente hojeados, como si fueran algo vivo. Fue espantoso y, a la vez, patético para mí, porque en todos aquellos años de la Guerra no había visto en ningún rostro alemán una expresión tan perfecta, tan pura de felicidad. Y junto a él estaban las mujeres, que misteriosamente recordaban a las personajes femeninas de ese grabado del maestro alemán que representa a las mujeres que acudieron a visitar la tumba de su Salvador y se quedaron ante la tumba vacía con una expresión de pavor aterrorizado y, al mismo tiempo, de éxtasis y alegría ante el milagro. Así como en esa imagen los rostros de los discípulos resplandecen con una realización sobrehumana de que Cristo ha resucitado de entre los muertos, así estas dos mujeres envejecidas, desgastadas, misera-

bles y de clase media, se contagiaban de la felicidad infantil y gozosa del anciano, medio riendo, medio llorando. Nunca he visto una escena tan patética como aquella. Pero el anciano no podía saciar su sed de elogios. Una y otra vez apilaba los portafolios y los daba vuelta, bebiendo ávidamente cada palabra. Fue un alivio para mí cuando por fin dejaron de lado los engañosos portafolios y él, a regañadientes, despejó la mesa para el café. Pero ¡qué exhalación de alivio culpable comparada con la exaltada, tumultuosa alegría, con el ánimo elevado del anciano que parecía tener treinta años menos!

Contó muchas historias sobre sus búsquedas y compras. Se levantó torpemente, negándose una y otra vez a recibir ayuda para sacar otro grabado. Estaba eufórico e intoxicado, como si estuviera embriagado de vino. Pero cuando, al fin, dije que tenía que marcharme, se asustó de verdad, se mostró taciturno como un niño obstinado, y pisoteó con los pies de mala gana, diciendo que era imposible, porque apenas había visto la mitad de la colección. Y las mujeres tuvieron mucho que insistir para hacerle entender que no debía ser testarudo y retrasarme más, porque perdería mi tren. Cuando, por fin, tras una desesperada resistencia, cedió y comenzamos a despedirnos, su voz se volvió bastante suave. Tomó mis manos y sus dedos las acariciaron con ternura, hasta los puños, con todo el sentimiento de un ciego, como si quisieran saber más de mí y expresarme más amor de lo que las palabras pudieran decir. —“Me ha dado una gran, gran alegría su visita,” comenzó con emoción sincera, que jamás olvidaré. “Ha sido una verdadera bendición para mí tener, al fin, la oportunidad de repasar mis amados grabados con un conocedor, y verá que no ha venido en vano a este anciano ciego. Le prometo, aquí, ante mi esposa como testigo, que añadiré una cláusula a mi testamento, encomendando a su antigua y reputada firma la venta en subasta de mi colección. Usted tendrá el honor de administrar este tesoro desconocido” —y con eso, posó su mano afectuosamente sobre los portafolios hojeados— “hasta el día en que se disperse por el mundo. Solo prométame que hará un catálogo hermoso. ¡Será mi monumento! No quiero uno mejor.”

Miré a su esposa y a su hija. Estaban juntas y, a veces, un temblor pasaba de una a otra, como si fueran un solo cuerpo vibrando con su emoción compartida. Y yo mismo me sentí en un ánimo algo solemne cuando el patéticamente desprevenido anciano me encomendó la administración de su colección invisible, largamente dispersa, como si fuera un gran tesoro. Conmovi-

do profundamente, le prometí lo que nunca podría cumplir. Nuevamente, sus ojos muertos empezaron a brillar. Me di cuenta de cómo su anhelo interno intentaba percibirme corporalmente. Lo noté por la ternura, por la presión amorosa de sus dedos, que sostenían los míos con gratitud y como prenda.

Las mujeres me acompañaron hasta la puerta. No se atrevieron a hablar, porque él captaría cada palabra con su oído sensible, pero ¡con qué lágrimas cálidas, con cuánta gratitud desbordante me miraron, radiantes! Quedé completamente atónito al bajar las escaleras. En realidad, me sentí avergonzado. Como el ángel del cuento de hadas, había entrado en el cuarto de gente pobre, había hecho que un ciego viera durante una hora, simplemente prestando mi ayuda a un fraude piadoso y mintiendo descaradamente. Realmente había venido como un vendedor raído para sacar a alguien unos pocos ejemplares preciosos mediante un engaño; pero lo que obtuve a cambio valía mucho más. Había tenido, por una vez, la oportunidad de sentir un entusiasmo puro y vivo en un tiempo apagado y sin alegría, una especie de éxtasis intelectualmente transparente, entregado enteramente al arte, que nuestra gente parecía haber perdido hace mucho. Y de alguna manera me sentí—no puedo expresarlo de otra forma—lleno de asombro, aunque todavía estaba avergonzado y no sabía bien por qué.

Ya estaba en la calle cuando oí una ventana abrirse arriba y que llamaran mi nombre. De hecho, el anciano había insistido en cuidarme con sus ojos ciegos en la dirección en que suponía que me dirigía. Se asomó tanto que las dos mujeres tuvieron que protegerlo cuidadosamente, y agitando su pañuelo, gritó: “¡Buen viaje!” con la voz alegre y refrescante de un muchacho. Esa imagen me fue inolvidable. Aquella feliz faz del anciano de cabello blanco, allá en la ventana, elevándose suavemente por encima de toda la gente taciturna, apresurada y bulliciosa en la calle, fue extraída suavemente de nuestro mundo real y repulsivo por la blanca nube de una imaginación abundante. Y de nuevo recordé, como tantas veces antes, el verdadero viejo refrán—creo que es de Goethe—“Los coleccionistas son gente feliz.”

# GRACIAS A LOS LIBROS

Allí están, esperando y silenciosos. Ni se apresuran, ni llaman, ni insisten en sus demandas. Mudos, se disponen a lo largo de la pared. Parecen dormidos, y sin embargo, de cada uno te mira un nombre como un ojo abierto. Si les diriges la mirada o extiendes una mano hacia ellos, no claman, ni son insistentes. No exigen nada. Esperan hasta que se haga algún acercamiento; entonces, por primera vez, se abren. Primero, cuando reina la quietud a nuestro alrededor, la paz en nuestro interior; entonces estamos listos para ellos. Alguna tarde, al volver de una agotadora ronda de obligaciones, algún día cuando uno esté harto de sus semejantes, o en la mañana, cuando el sueño nubla y pesa sobre nosotros,—solo entonces se está listo para los libros. Quisieras mantener una conversación y, a la vez, estar solo. Quisieras soñar, pero en música. Con el placentero presentimiento de un agradable experimento te diriges a la estantería: cien ojos, cien nombres se encuentran, silenciosos y pacientes, con tu mirada inquisitiva, como las esclavas de un harén que miran a su amo, esperando humildemente su llamado y, sin embargo, dichosas de ser elegidas. Y luego, cuando el dedo tantea en el piano para hallar la tecla de una melodía oculta, cede suavemente a la mano, esa cosa blanca y muda, ese violín cerrado—en él se encierran todas las voces de Dios. Abres un libro, lees una línea, un verso; pero no resuena con claridad en ese momento. Decepcionado, lo devuelves casi bruscamente, hasta que encuentras el libro adecuado para el instante. Entonces, de repente, te embarga, respiras con rapidez y, mientras lo llevas a la lámpara, el Libro, el volumen felizmente elegido, resplandece, deslumbra con una luz interior. Se ha obrado magia; de delicadas nubes de sueños emerge una fantasmago-

ría. Se abren vastas panoramas y tus sentidos que se desvanecen se pierden en el espacio.

En algún lugar, un reloj hace tictac. Pero no penetra en este tiempo auto-limitado. Aquí las horas se miden en otra unidad. Existen libros que viajaron por muchos siglos antes de que su palabra llegara a nuestros labios; hay libros nuevos, recién nacidos ayer, engendrados apenas ayer de la confusión y la necesidad de un muchacho sin barba, pero hablan lenguajes mágicos y, uno a la par del otro, apaciguan y aceleran nuestra respiración. Mientras excitan, también consuelan; mientras seducen, también alivian la mente abierta. Gradualmente, te hundes en ellos; allí llega el reposo, la visión y una tranquila expectación en su melodía, en un mundo que trasciende este mundo.

Ustedes, horas de ocio, que nos alejan del tumulto del día; ustedes, libros, compañeros más sinceros y silenciosos, ¿cómo podemos agradecerles por su constante disposición, por esta eterna elevación, por esa influencia edificante de su presencia? ¿Qué no han significado en los días más oscuros de la soledad del alma, en hospitales militares y campamentos, en prisiones y lechos de dolor? Ustedes, que siempre han estado atentos, han dado sueños a los hombres y un poco de tranquilidad en momentos de inquietud y tortura. El suave imán de Dios, siempre han sabido extraer el alma hasta su propia esfera, si ésta se perdía en la rutina diaria. Siempre, en todos los períodos de penumbra, han ampliado el cielo interior en nosotros hacia algo más grande.

Pequeños fragmentos de eternidad, dispuestos silenciosamente a lo largo de la pared llana, ahí están, sin pretensiones en nuestro hogar. Pero cuando la mano los libera, cuando el corazón los toca, irrumpen en medio del entorno prosaico cotidiano; sus palabras nos conducen, como en un carruaje de fuego, desde la mezquindad hasta lo eterno.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**